

Wim Dierckxens

LUCÍA

Y EL MUNDO SOÑADO

Un viaje por la historia hacia Utopía



**LUCÍA
Y EL MUNDO SOÑADO**

**Un viaje
por la historia hacia Utopía**

LUCÍA Y EL MUNDO SOÑADO

**Un viaje
por la historia hacia Utopía**

DEI

Departamento Ecuménico de Investigaciones

CONSEJO EDITORIAL

Pablo Richard
Silvia Regina de Lima Silva
Marysse Brisson
Wim Dierckxsens
Alberto Álvarez
Jorge Batres

Wim Dierckxsens

Colección: Economía

CORRECCIÓN: Guillermo Meléndez
COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA: Lucía M. Picado Gamboa
PORTADA: Olman Bolaños

330.1

D563L Dierckxsens, Wim

Lucía y el mundo soñado. Un viaje por la historia hacia

Utopía/ Dierckxsens, Wim—1a ed.-San José,

C R: Editorial DEI, diciembre de 2013

108p.; 14 x21 cm. (Colección Economía)

ISBN 978-9977-83-179-4

- | | |
|-------------------------|-----------|
| 1. Historia económica | I. Título |
| 2. Globalización | |
| 3. Desarrollo económico | |
| 4. Guerra histórica | |

A mi nieta Luz Marie

Hecho el depósito de ley.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro.

ISBN 978-9977-83-179-4

© Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI), de la edición en español, San José, Costa Rica, diciembre de 2013.

© Wim Dierckxsens, diciembre de 2013.

Impreso en los talleres de Dicograf Pre Prensa S.A.

PARA PEDIDOS O INFORMACIÓN DIRIGIRSE A:

Asociación Departamento Ecuménico de Investigaciones
Apartado Postal 390-2070
SABANILLA
SAN JOSÉ-COSTA RICA
Teléfonos (506) 2253-0229 • 2253-9124
Fax (506) 2280-7561
Dirección electrónica: editorial@dei-cr.org
<http://www.dei-cr.org>

Contenido

Prefacio a la nueva edición.....	11
Capítulo I Lucía aprende a mirar el futuro desde el pasado	15
Capítulo II Lucía en comunicación con comunidades muy antiguas.....	23
Capítulo III Lucía sobrevuela culturas muy antiguas.....	35
Capítulo IV Lucía y las antiguas guerras de Grecia y Roma.....	45

Capítulo V
Lucía recorriendo feudos y castillos..... 57

Capítulo VI
Lucía descubre una mano invisible
en la historia 73

Capítulo VII
Lucía y la montaña rusa
hacia el mundo soñado 87

Capítulo VIII
Lucía logra entrar al mundo soñado..... 97

Prefacio a la nueva edición

La primera edición de Lucía y el mundo soñado apareció en el año 2005. Desde entonces, los teléfonos celulares y la comunicación por Facebook, Twitter, Skype, entre otros, han avanzado y se han extendido de manera vertiginosa. El tiempo pasa rápido y más rápidamente todavía se suceden los acontecimientos, también en la economía mundial. En el momento en que Lucía vio la luz por primera vez, no se vislumbraba una crisis financiera a escala mundial. Aún hasta 2007/2008, el neoliberalismo aparecía como un modelo en pleno apogeo y con rostro occidental. Cuestionarlo resultaba tarea dura, y más difícil todavía era percibir un eventual agotamiento de la racionalidad económica vigente. Hablar de un mundo poscapitalista, parecía entonces una ‘utopía’, en el sentido de un sueño irreal. Hoy la situación es muy diferente pues, entre otras, hemos asistido a la crisis del euro y es común hablar de cuestiones como el ascenso de los países emergentes y una crisis del dólar como moneda internacional de cambio.

Pero cuando apareció la primera edición del libro, aunque la idea del “posdesarrollo” tenía varios años circulando en los ambientes académicos, referirse

a un mundo poscapitalista parecía una ‘utopía’. El concepto de “desarrollo” es casi sinónimo de crecimiento económico en términos del producto interno bruto de un país. Y después de poco más de seis décadas de utilizarlo su fracaso era patente, incluso por la necesidad de cualificarlo constantemente: desarrollo económico, desarrollo social, desarrollo humano, eco-desarrollo, co-desarrollo... El concepto, por ser sinónimo de crecimiento y de lucro, producía cierta desconfianza. De ahí que se lo acompañara de especificaciones que, con frecuencia, más que clarificar, dificultaban su comprensión.

A partir de la crisis financiera internacional de 2007/2008, sin embargo, el neoliberalismo entró en crisis. Era el fin del “Fin de la Historia” de Francis Fukuyama. Luego de la ‘Caída del Muro de Berlín’, este autor habló del Fin de la Historia refiriéndose a la muerte del socialismo realmente existente. Por entonces, a muchos les parecía no haber otra alternativa que neoliberalismo para siempre. En la actualidad se habla de nuevo de la utopía, pero esta vez como un horizonte posible de ser alcanzado luchando. Poscapitalismo es hoy un concepto relativamente compartido en la academia para aludir a la necesidad de otra racionalidad económica. El término ‘poscapitalismo’ no define tanto qué es, indica más bien la inevitabilidad del agotamiento del capitalismo y la transición hacia otra racionalidad económica.

El siglo XXI latinoamericano y caribeño despuntó con la irrupción de procesos alternativos y de cambio. En América del Sur en particular, están en marcha procesos transformadores liderados por gobiernos de izquierda o progresistas, que procuran una mayor soberanía con innovadores espacios de integración. Estos procesos no son homogéneos, y van desde el distanciamiento del neoliberalismo hasta propuestas de cambios civilizatorios. Tras la enunciación del ‘Socialismo del siglo XXI’, se han multiplicado las

búsquedas de socialismos para estos tiempos; se habla así de Socialismo Comunitario, Socialismo del Buen Vivir, entre otros.

En los últimos años se ha escrito y publicado bastante sobre el Buen Vivir o, mejor, sobre ese Buen Convivir ¹ presentándolo en muchos casos como alternativa al pensamiento sobre el desarrollo y, en más de uno, como hallazgo fundamental en la actual coyuntura del sistema mundial. Buen vivir, en fin, y en las diversas lenguas de los países centrales, suele implicar el disfrute individual, material, hedonista e incesante. La idea del Sumak Kawsay o Suma Qamaña en cambio, nace en la periferia social de la periferia mundial y no contiene los elementos engañosos del desarrollo convencional. Ya no será cuestión del “derecho al desarrollo” o del principio desarrollista como guía de la actuación del Estado. Ahora se trata del Buen Vivir de las personas concretas en situaciones concretas analizadas concretamente, y la idea proviene del vocabulario de pueblos otrora totalmente marginados, excluidos de la respetabilidad y cuya lengua era considerada inferior, inculta, incapaz del pensamiento abstracto, primitiva.

Ese debate pone sobre el tapete una racionalidad económica opuesta a la del capitalismo, porque parte de la vida misma. Con la crisis ecológica, la financiera y la del capitalismo como tal, una nueva racionalidad que parta de la vida misma parece hoy una cuestión inevitable a escala planetaria. Esto nos lleva a revalorar no solo los valores precapitalistas, sino incluso aquellos valores centrales vigentes en el puro inicio de la humanidad. Pareciera que estos valores que orientaban la reproducción de la vida

¹ José María Tortosa, *Suma Kawsay, SumaQamaña, Buen Vivir*. Universidad de Alicante (España), agosto de 2009; Irene León (ed.), *Sumak Kawsay/Buen Vivir y cambios civilizatorios*. Quito, FEDAEPS, 2010.

humana y natural y que entonces constituyeron una necesidad objetiva, lo serán otra vez y de manera inevitable en el futuro.

El Buen Vivir, o mejor, el Buen Convivir, es la concepción de una alternativa civilizatoria que se fundamenta en la construcción de relaciones armónicas y de interdependencia entre lo viviente: seres humanos entre sí, seres humanos y naturaleza. Destaca la centralidad de la reproducción ampliada de la vida —no la del capital— que, conjuntamente con su pilar, la afirmación de la diversidad económica, abre nuevos escenarios para una re-conceptualización de la economía, a la luz de la sostenibilidad de la vida.

Capítulo I

Lucía aprende a mirar el futuro desde el pasado

Lucía estaba sentada en la terraza de la vieja casona de su abuelo materno, cerca del mar. Su bisabuela deambulaba por la casa creyendo hallarse en otro sitio y en otro tiempo. Las habitaciones eran grandes y ventiladas. La terraza se levantaba sobre postes robustos empotrados en una loma, la cual formaba parte de un cerro boscoso que bordeaba el mar. De lejos, el agua parecía un espejo y los barcos semejaban pelícanos flotando. El puerto se hallaba fuera de la vista, al pie del cerro. Hacia el fondo de la casa se encontraba la cocina, desde cuya ventana se observaba cómo el potrero se transformaba en selva. Al finalizar la tarde, con el ángulo del sol, el panorama alcanzaba todos los tonos imaginables de verdes.

Desde la terraza se veía las vacas paseándose. Un poco más a la derecha se hallaba el gallinero que había hecho su papá. Las gallinas vivían en el segundo piso para que los zorros no las sorprendieran. A Lucía no le gustaba comer las gallinas de la finca. Y mucho menos podía comer los pollos que alimentaba todos los días. Si bien le agradaba andar por la finca, el vivir cerca de la selva le hacía sentirse un poco sola. Le resultaba muy difícil visitar a sus compañeras de escuela, y más difícil todavía que ellas fueran a jugar a su casa.

Por la mañana, el paisaje invitaba a soñar. De noche era diferente. Los sonidos de la selva dominaban. Y aunque tenían televisión, solo se captaban pocos canales y con dificultad. La lectura, entonces, era el único pasatiempo. Lucía era una jovencita muy imaginativa. Desde muy pequeña sabía leer y contaba cuentos a sus papás. Cuando leía, se imaginaba que estaba dentro de la historia del libro. Los libros la invitaban a saber más cosas, pero sobre todo, liberaban su fantasía. Construirse su propio mundo, la divertía grandemente.

Lucía miró hacia el cielo. Se estaba poniendo muy oscuro. La bisabuela dijo: “En media hora habrá una tormenta”. Los truenos le daban miedo a la muchacha. Por eso, le intrigaba saber cómo los primeros seres humanos se habían protegido de la naturaleza sin tener techo ni cama, cómo ellos no se morían de miedo ante esas fuerzas naturales tan potentes. Lucía se sentía segura en la casa, pero el pensar lo que sería estar sola en la selva con truenos, la aterrorizaba. “No siempre hubo casas... Vivir en la selva, con los animales salvajes y sin casa, ¡ni pensarlo!”. Entonces, ¿cómo pudieron sobrevivir los primeros humanos?

Su papá le había explicado que en los inicios de la humanidad, el respeto de los seres humanos

hacia la naturaleza era muy grande. Él le habló de las comunidades indígenas en Bolivia y Ecuador, que aún hoy mantienen una relación de enorme respeto hacia la naturaleza. La llaman la ‘Madre Tierra’. Lucía entendía que en las comunidades indígenas la vida en comunidad es de mucha unión y que mantienen una relación de gran respeto con la naturaleza. Ella es muy generosa para dar vida, pero también muy poderosa. Las amenazas de las fuerzas naturales para la vida diaria son muy claras. Ante las dificultades que enfrentan en su entorno natural, en estas comunidades reina la solidaridad y la convivencia entre sus miembros es muy fuerte.

Lo que además llamó sumamente la atención de la chica, fue que existe mucho respeto hacia los ancianos. Su papá le había explicado que son las personas que más conocimiento han acumulado en la vida. Y en esas comunidades el conocimiento se traspasa de generación en generación a través de los más viejos y sabios. De ahí el inmenso respeto por las personas ancianas y los ancestros.

La muchachita miró a su bisabuela. Tenía casi cien años y hablaba con ella misma. Las personas muy viejas no suelen dejar entrar con facilidad a otras en su mundo. Pareciera que solamente a los niños les otorgan ese derecho. Los adultos, por su parte, andan siempre tan enredados en sus ocupaciones, que el tiempo no les alcanza para compartir su mundo con otros. Menos tiempo aún tienen para soñar con otro mundo mejor. Esos viajes mentales les parecen una pérdida de tiempo. El caso de su bisabuela, sin embargo, era diferente. Ella parecía disponer de todo el tiempo del mundo. Vivía con la mirada volcada hacia adentro, viajando por su pasado. Siempre se hallaba en otro tiempo y en otro lugar. Y demoraba en regresar...

Las pocas veces que hablaba, era para contar historias relativas a los viejos tiempos y las costumbres de entonces. Lucía se moría por saber cuán lejos se hallaba ese mundo. No obstante, la bisabuela nunca develaba ese secreto, y siempre que conversaba con su bisnieta, más bien insistía de manera muy especial en la vida futura. “Ya no está lúcida”, le había comentado su mamá. “¿Por qué se apaga la luz de las personas en el momento en que pueden contar más cosas sobre sus largos viajes?, ¿por qué la bisabuela demora tanto en regresar de ese mundo lejano?”, se preguntó Lucía. “¡Regresar de un viaje de cien años debe ser demasiado difícil, y más si te toca ir a pie y cuando para colmo se camina con lentitud!”, se dijo riendo.

El viajar hacia el pasado se le hacía fascinante. Y poder viajar al pasado y luego al futuro, desde el presente, era algo que en verdad anhelaba. No entendía cómo lo hacía su bisabuela. “En primer lugar, quiero descubrir el secreto de cómo viajar hacia el pasado, porque en el vuelo de regreso, por inercia, debe ser posible visitar el futuro”. Éste, sin dudas, era un secreto que guardaba la bisabuela. “¿Cómo se viaja hacia el pasado?”, se preguntó la muchacha mientras la miraba. Únicamente desde ahí, y con buen impulso, se podría aventurar un viaje hacia el futuro. Si su bisabuela lo hacía, ella también podría hacerlo.

En los raros momentos en que la bisabuela regresaba de sus viajes al pasado, hablaba de una vida hermosa después de ésta vida. Luego, dedujo Lucía, ella sabía viajar desde el pasado hacia el futuro. El problema era que ni siquiera se tomaba el tiempo para realizar una escala real en el presente. Apenas se conectaba, y otra vez a volar. “En uno de esos viajes hacia el futuro no habrá retorno. Entrar ahí es lo más hermoso. Es como una utopía”, había

expresado la ancianita. La jovencita no entendió esta última palabra, no obstante su papá le explicó que la utopía era el mundo soñado. Lucía estaba convencida de que encontraría, aunque fuera sola, el camino hacia los sueños.

Ella trató de imaginarse cómo sería la vida en el mundo soñado. ¿Cómo saberlo? En la finca había visto crecer un gran arbusto en el lugar donde su papá enterró a un ternero que murió mordido por una culebra. Porque culebras las había por montones. “¿Por qué la vida nueva brota donde muere la vida que se acaba?”, preguntó a su papá. “El ternero se ha convertido en polvo que sirve de abono para las plantas”, le contestó él. De modo que el ternero adquirió una nueva vida como arbusto, concluyó Lucía. “Pero si los animales muertos pueden transformarse en arbustos, ¿en qué se transformará la bisabuela?”, volvió a preguntar. “Andará por los cielos, ya que ha sido muy buena en la vida”, le dijo su mamá. “De seguro, entonces, se convertirá en pájaro”, dedujo la nena. “¡Cómo me gustaría ser pájaro y volar por los cielos!”. Y su mirada siguió a las aves que volaban sobre la finca.

“Desde muy arriba se puede mirar aún más lejos, porque desde los cerros se ve mejor. Desde lo más alto, entonces, se podrá ver mejor el porvenir”. Y, ciertamente, en el cerro la jovencita soñaba mejor. Arriba había mucha libertad, y sentía como si volara. “Las aves definitivamente tienen una vida libre. Se alejan de la tierra y flotan en el aire como si fueran las dueñas de la libertad. Los seres humanos, en cambio, tenemos que andar con los pies sobre la tierra. Eso quiere decir que estamos limitados para llegar a ser libres. Pero un recorrido por el pasado nos permite mirar el futuro... ¡aunque no es justo tener que llegar a viejo para lograrlo! Para viajar hacia el futuro desde el pasado tiene que haber otras vías”,

reflexionó Lucía. Sin embargo, ¿dónde encontrar la clave para viajar al pasado?

La bisabuela siempre miraba hacia el piso cuando andaba viajando por el pasado. “Quiere decir que en la tierra se puede hallar las cosas del pasado que dan la clave para mirar al futuro”, meditó Lucía. Y recordó que cuando construía el pozo de agua, su papá halló unas viejas piezas de cerámica. Según le explicó, provenían de comunidades indígenas que vivieron ahí más de mil años atrás. “¿Y cómo saber la edad de las cosas descubiertas en la tierra?”, preguntó la chica. “No es fácil, pero los arqueólogos la miden en laboratorios especiales”, respondió su mamá. Lucía se imaginó un edificio lleno de ojos biónicos capaces de leer la edad de las cosas.

La jovencita se quedó pensando cómo sería la vida en ese lugar mil años antes. ¿Cómo saberlo? A sus doce años de edad, cien años le resultaban muy lejanos. Si no fuera por su bisabuela, no tendría manera de acercarse a esos tiempos. Con todo, mil años representaban apenas diez veces la edad de su bisabuela. Dos bisabuelas juntas, alcanzaban ya dos siglos. “Si pudiera juntar a todos los ancianos de la familia alcanzaríamos sin duda los mil años”, se dijo. La reunión de los ancianos de la familia, le parecía fundamental para lograr entrar al pasado.

Cuando la bisabuela se reunía con la nana de su mamá, juntas viajaban hacia el pasado. Una hablaba de tiempos todavía más lejanos que la otra. “Cuando hablan, ellas siempre dicen: ¿te acuerdas de aquellos tiempos? Y mientras más lo dicen, más lejos parecen viajar”, se dijo Lucía. “Definitivamente, es posible viajar más lejos cuando se está acompañado que cuando se está a solas. En una reunión de té, las bisabuelas no solo se comen el queque, sino que devoran varios siglos”. Así fue

como entendió el comentado de su papá acerca del consejo de ancianos en las comunidades primitivas. Congregados, los ancianos podían alcanzar un conocimiento milenario. Y las ancianas deberían tener aún más conocimientos, puesto que por lo general viven más años. “De ahí con seguridad proviene el matriarcado”, concluyó la joven.

Lucía había escuchado que las piezas de cerámica encontradas por su papá en el pozo, pertenecían a comunidades indígenas sedentarias. No sabía lo que eso significaba. Cuando le preguntó, él le explicó que eran indígenas que vivían en casas primitivas. Ella no entendió bien. “Hubo un tiempo en que los indígenas no poseían casas. Por eso se mudaban casi diariamente en busca de comida en la selva”, le aclaró su papá. “No tener casa ni cama, ni mucho menos una refrigeradora con comida... ¡ni pensarlo! ¿Cómo habrán hecho? ¿Solos en la selva?... Ni me pasa por la cabeza tener que internarme sola en la selva”. Una vez se había atrevido a adentrarse un poco en ella, acompañada de su hermana mayor. Con su papá sentía menos miedo. Él sabía abrirse camino a puro machete. Aunque en verdad, se sentía más segura con los peones de la finca. “Definitivamente, cuando se anda en manada la selva causa menos miedo y hay más posibilidades de subsistir”, concluyó.

Capítulo II

Lucía en comunicación con comunidades muy antiguas

Lucía recién había cumplido trece años y había pasado al segundo año de la secundaria. Para ella estaba claro que las antiguas poblaciones indígenas tenían que haber vivido en manadas. “Cuando los seres humanos se unen, aumenta su valentía... ¡Pero pensar que no podían ir a su casa para bañarse o meterse en una cama por la noche!”, reflexionó. Por más juntos que estuvieran, deben haber respetado mucho a la naturaleza. “Un ser humano solo en la selva es nadie. Eres alguien en tanto te sientes parte de un grupo. Tengo una familia muy amplia”, se dijo en voz alta. “Sí hija, en esta casa somos cuatro generaciones juntas y nos sentimos una familia unida. Las familias del campo somos más unidas que las de la ciudad”, replicó su madre. “En manada

se siente cierto poder. Como en la boda de mi tía, donde éramos más de un centenar de parientes. Eso da sensación de poder”.

A lo largo de la historia el ser humano ha cambiado su forma de vivir al adaptar la naturaleza a sus necesidades, había leído en un libro que le regaló su abuelo paterno. Cada vez más nos adaptamos menos a la naturaleza y la transformamos según nuestras necesidades. Esto, a su vez, modifica nuestra propia naturaleza como seres humanos. “¡Huy, qué difícil de entender!”, pensó la jovencita. Ningún otro animal modifica la naturaleza para satisfacer sus necesidades. A eso lo llaman desarrollo. Con éste hemos perdido el miedo a la naturaleza y hasta el respeto por ella. “Por eso, hoy aquí se talan bosques enteros y con ellos desaparece la fauna... Es monstruoso lo que pueden hacer los seres humanos”, meditó la jovencita.

Recordó que su papá le había contado que los indígenas le pedían permiso a la naturaleza para cortar un árbol. A Lucía, eso le había resultado gracioso. A menudo, ella abrazaba a los árboles grandes y viejos. “Dan buena energía”, afirmaba su abuelo. Cuando abrazaba a un árbol, se sentía más unida a la naturaleza. Incluso se liberaba del miedo a otras cosas. Al marcharse, exclamaba: “Adiós grandulón”, y tenía la impresión de que el árbol se despedía de ella moviendo sus enormes brazos.

A lo lejos se escuchaba el ruido de las motosierras. “Nos estamos volviendo un montón de cobardes. Nos atrevemos a matar a un árbol sin pedirle permiso a la naturaleza. ¡Qué salvajismo! Es peor que una guerra. La naturaleza ha de estar indignada por estos abusos sin piedad. Por eso, de seguro, hay tantos terremotos y erupciones de volcanes. Son las fuerzas naturales que se liberan porque están molestas”, se dijo en su

interior. “Si no respetamos a la naturaleza, pronto se acabará este mundo”, sentenciaba la bisabuela. “Tanto que nos proporciona la Madre Tierra y lo mal que nos comportamos con ella”, concluyó Lucía.

La muchacha entendió por qué los indígenas nos consideran salvajes. “Hablamos de desarrollo, y acabamos con bosques enteros”. Su abuelo paterno le había explicado que para las compañías madereras, acabar con un bosque significaba incrementar sus riquezas, en tanto que conservarlo les parecía un costo. “Hablan de creación de riqueza y lo que hacen es destruir. En nombre del ‘Dios Dinero’ se sienten con derecho a matarlo todo”, le había comentado. “¿Quiénes son entonces los salvajes? Definitivamente, somos los seres humanos”, concluyó la jovencita.

En un libro regalado por su papá para su cumpleaños, Lucía leyó que antiguamente los seres humanos temían a la naturaleza y a sus fuerzas naturales. Había dioses naturales todopoderosos. Ahora ya no nos sentimos parte de la naturaleza, ni le tenemos temor. En el mundo del dinero le hemos perdido el respeto y la vemos como un objeto de explotación, porque su valor consiste en poder lucrar con ella. “La naturaleza, sin embargo, no nos cobra nada por cortar un árbol”, meditó Lucía. La liberación de los seres humanos de las fuerzas naturales, ha conducido a su explotación despiadada. “¿Qué liberación es esa? ¿Acaso es mejor subordinarse al dinero todopoderoso en vez de subordinarse a la naturaleza con toda su belleza?”, se preguntó la muchacha.

En la gran familia indígena todavía existe solidaridad entre sus miembros, siguió leyendo. En nuestra sociedad, en cambio, cada quien anda por su lado y más bien hay que competir con los otros. Con los demás seres humanos, nos comportamos con la misma falta de consideración que con la naturaleza.

Ya no se respeta nada y no hay solidaridad con nada ni con nadie. “¿Y a eso se le llama desarrollo? Según el libro nuestra propia naturaleza ha cambiado, sí, pero pareciera que para empeorar”, se dijo la chica.

“¿Para qué sirve el desarrollo en la historia si vamos de mal en peor?”, y continuó leyendo. En nuestros días, existe toda clase de explotación entre los propios seres humanos. “¿Hacia dónde va todo esto? Parece no haber esperanza para nosotros”. Lucía se entristeció, al punto que hasta el viaje por el pasado hacia el futuro le daba miedo.

Mientras más miedo tenían a las fuerzas naturales, más unión había entre los seres humanos, leyó. No obstante, apenas lograron dominar a las fuerzas naturales apareció la dominación de unos seres humanos sobre otros. O sea, liberarse de las fuerzas naturales los condujo a liberarse de los lazos comunales. Ya no había una comunidad unificada por el Bien Común de todos. Los seres humanos se explotaban unos a otros.

Con base en esta lectura razonada, Lucía comprendió que no siempre existió la explotación. Y su corazón rebelde le decía que asimismo no tenía por qué existir para siempre. “¿Llegará un momento en que nos veamos de nuevo como hermanas y hermanos, y respetemos la naturaleza?”. La joven estaba segura de ello. Entonces, viajar por el tiempo para alcanzar a ver un mundo mejor, sí que valía la pena. Y se imaginó la utopía como el paraíso en la tierra.

El paraíso en la tierra, ¡he aquí una razón de peso para viajar por la historia hacia el futuro! “A ver lo que dice el libro”, se dijo. Utopía es un mundo con equidad, justicia y hermandad entre seres humanos que viven con respeto hacia la naturaleza. ¿Y acaso no es eso lo que soñamos? “A los adultos, aparentemente, les

parece una pérdida de tiempo. Pues, con seguridad, tal aventura no producirá dinero y, por lo tanto, no vale nada”. La muchacha consideraba que los adultos pierden el tiempo hablando de plata y más plata. “Al hacerlo, no piensan en una vida mejor... El dinero echa a perder la vida misma. ¡Definitivamente, la aventura hacia la utopía debe valer la pena!”.

Luego, a un mundo donde exista el respeto hacia la naturaleza y nos respetemos entre nosotros, le podremos llamar: Utopía. Ahora bien, ya los primeros seres humanos tenían eso en su bandera. ¿Cuál era entonces la diferencia? La diferencia, pensó Lucía a partir de la lectura, es que en Utopía hay casas, camas y otras cosas que nos permiten una vida más cómoda. “Para ese viaje bien vale comprar solo un boleto de ida”, se dijo riendo. “¿Será por eso que la bisabuela se demora en regresar a la tierra?... En verdad, ahora entiendo mucho mejor”.

Lucía se imaginó cómo los pueblos primitivos respetaban a sus familiares y a la naturaleza. Esa solidaridad era necesaria. “¿Cómo conseguiremos recuperar el respeto por los otros y por la naturaleza sin perder lo que nos permite vivir con comodidad? ¿No pueden ir juntas ambas cosas? De seguro que existe un camino posible hacia un mundo solidario sin tener que sufrir tanta escasez”. La jovencita sintió que estaba en el camino hacia Utopía.

Lucía vislumbró que el viaje por el pasado le proporcionaría pistas para hallar el camino hacia el futuro. Una cosa le parecía clara: no era posible viajar hacia el futuro sin haber recorrido el pasado. El viaje desde el pasado nos enseñaba la vía hacia Utopía. Era como un salto largo por la historia. “Únicamente con un buen impulso histórico podré saltar lejos y alcanzar a ver el futuro”. La sola idea la hacía suspirar.

Los historiadores, mejor que nadie, pueden mirar al futuro porque conocen bien el pasado, le había explicado su padre. “Ahora sí que hallé una manera y un sentido para estudiar historia. Eso de memorizar fechas y sucesos no te permite saltar, ya que son tantos que una se enreda. Hay que mirar por encima de los hechos, ver la historia a vista de pájaro, como dice la bisabuela”. Sí, el secreto radicaba en aprender a volar por la historia. “¡Hay que ser como pájaro para ver el futuro!”. Y en seguida se sintió con coraje para ponerse a estudiar.

Lucía, entonces, se sumergió totalmente en la lectura de un libro de historia, regalo de su abuelo paterno para su cumpleaños. Cuando empezó la vida humana, decía el libro, no había posibilidad de explotación de unos seres humanos por otros. Era necesaria la solidaridad ante las fuerzas de la naturaleza. ¿Cómo logró la gente controlar las fuerzas naturales? He aquí la pregunta clave. La muchacha percibió que para poder vivir en la selva el primer gran paso consistió en perder el miedo a la naturaleza, lo que solamente es posible en una gran familia. De acuerdo con el libro, la relación solidaria entre los seres humanos fue la primera fuerza social frente a las fuerzas naturales.

“Con todo, de ahí a moldear la naturaleza hay un brinco largo”, reflexionó la joven. La especie humana, al igual que el reino animal, únicamente puede subsistir en interacción con el entorno natural, si bien el hecho de no apropiarse de forma directa de los frutos de la naturaleza la distingue de las demás especies animales. Los seres humanos se apropian de determinadas cosas de la naturaleza, y las transforman en instrumentos de trabajo. Con la ayuda de esos instrumentos alcanzan, con mayor eficacia, sus medios de subsistencia. Lucía tuvo que leer esto varias veces. “¡Ya entendí!: con

un palo consigo las naranjas con más facilidad que subiéndome a un naranjo. Pero, claro está, primero hay que buscar y moldar ese palo”.

Las herramientas de trabajo y el proceso de conocimiento que implica su ‘fabricación’, son fuerzas productivas generadas por la especie humana. “No cualquier palo sirve para coger las naranjas del árbol, y es claro que hay que usar un poco la cabeza para ello”, razonó la joven. Estas fuerzas productivas posibilitan una mayor productividad del proceso de apropiación de los frutos de la naturaleza. “¡Qué manera más rara de decir que si agarrara naranjas sin utilizar un palo, obtendría menos!... Pero, ciertamente, la astucia es tan importante como la fuerza”.

Mediante el desarrollo de las fuerzas productivas sociales el ser humano se libera de la original dependencia absoluta de las fuerzas naturales. A partir del desarrollo de tales fuerzas, la especie humana alcanza una relativa libertad ante las fuerzas naturales. Se trata de una libertad lograda a través de la historia. Aunque le pareció un lenguaje complicado, Lucía lo entendió luego de leerlo un par de veces. “¡Ya!, nos liberamos de las fuerzas naturales al desarrollar otras fuerzas”.

El truco, por tanto, consistía en usar las fuerzas naturales para provecho en el propio trabajo. “¡Ah!, es como cuando andamos en un velero sabiendo aprovechar el buen viento”. Su papá había construido un velero con una canoa, un mástil de bambú y unas sábanas. Y para evitar que la canoa perdiera el equilibrio en la laguna, le puso flotadores a cada lado. “Es muy rico sentir que el viento te lleva de un lado a otro. Sin embargo, para regresar contra el viento hay que servirse de la astucia. Es como hacerle trampa a la naturaleza”.

Al adentrarse en la lectura del libro, la joven descubrió que la humanidad existe desde hace un millón de años. “Esos son un montón de bisabuelos juntos”, suspiró. No obstante, lo más increíble para la chica era que durante casi todo ese tiempo los seres humanos vivieron en comunidades primitivas, sin conocer la agricultura, sin tener casas ni camas. He aquí algo casi imposible de imaginar. “¿Y cuándo decidieron salir de la selva?”, se preguntó. La lectura se le volvió muy interesante. Mientras los clanes o las bandas vivieron aislados entre sí, no hubo mayor progreso. Pero con el tiempo, la coexistencia de varios clanes en un mismo territorio les permitió y obligó a pasar de la caza menor a la caza mayor. “Entiendo, no había animales suficientes para todos”, reflexionó la joven.

La cooperación entre varios clanes permitió una cooperación más compleja en el desarrollo de la caza. En efecto, grupos mayores y organizados pudieron cazar animales que antes no estaban al alcance de las agrupaciones más pequeñas. En otras palabras, la caza mayor permitió un uso más integral de la naturaleza. “Así que con la gran familia, hasta le perdieron el miedo a las fieras”, se dijo Lucía. Además, prosiguió el libro, con la caza mayor ya no precisaron moverse tan a menudo, pues le sacaban mayor provecho a un mismo territorio. La población, por consiguiente, se tornó más sedentaria. “¡Y así aparecieron las primeras casas!”, exclamó la muchacha.

La caza mayor era sobre todo cosa de hombres, mientras la recolección de frutos silvestres era el quehacer de las mujeres. Los artefactos de caza eran a la vez sus instrumentos de defensa. “De modo que ya en ese tiempo comenzó ese rollo de que las mujeres se dediquen a unas cosas y los hombres a otras. Es decir, que los varones agarraron las armas

bien pronto en la historia y desde tiempos antiguos nos toca a las mujeres cuidar a los niños”, discurrió la jovencita. Esa tarea dificultaba la movilización, explicaba el texto. Los pequeños, no más caminaban, cooperaban en la recolección.

La obtención de un mayor producto en un mismo territorio gracias a la caza mayor, posibilitaba una vida más sedentaria. La recolección de frutos silvestres, sin embargo, exigía mantener una mayor movilización por cuanto más tiempo permanecían en un mismo lugar, más rápidamente se agotaba la flora necesaria para la recolección. “Este modo de trabajar no era posible sostenerlo, ¿cómo lo solucionaron?”, se preguntó Lucía.

La relativa permanencia de los pueblos en un mismo emplazamiento exigió y permitió el salto de la recolección de frutos silvestres hacia la siembra de plantas. Para ello, en vez de recolectar frutos en un territorio muy vasto, agruparon en un sitio más reducido plantas pequeñas y semillas para luego cosecharlas. Así nació la agricultura. “¡Las mujeres fuimos las primeras agricultoras! ¡Fuimos las primeras inventoras en la historia! ¡Me lo sospechaba, que habíamos sido las primeras en usar la cabeza! ¡Fuimos las primeras en descubrir el desarrollo sostenible, como dice nuestro profe de sociales!”. No obstante, una incómoda voz interna le advirtió que ésa era una actitud de competencia. ¿De dónde provenía esa voz? Parecía inapropiado pensar así. “Vivimos en una sociedad llena de competencia y este virus nos afecta a todos”, se dijo. Ésa no siempre había sido la actitud de los seres humanos. “No es justo hacer una lectura de la historia con lentes competitivos”, concluyó.

Lucía no sabía qué lentes utilizar para estudiar la historia. “Los lentes propios de cada tiempo”, le

había recomendado su abuela paterna. Aun así, le costaba imaginarse la clase de lentes que podrían haberse usado en otros tiempos. ¿En la Edad de Piedra, por ejemplo? La muchacha se imaginó unos grandes lentes de piedra, y la imagen la hizo reír. La abuela le había aclarado que cada tiempo posee su propia lógica o racionalidad, por lo que la lectura de un tiempo no debe hacerse con la lógica de otro. Eso le resultaba difícil de comprender, aunque intuía que tenía sentido. La cuestión, por tanto, era entender cada fase de la historia con su propia lógica y no con los lentes de hoy. “¡Vaya, qué difícil!”, suspiró.

El desarrollo de la agricultura propició una menor movilización de un lugar a otro, continuaba el libro. Y la mayor permanencia en una misma zona favoreció el desarrollo de los instrumentos de trabajo. Esto porque ahora no había que transportar las herramientas de un paraje a otro, mientras que la movilidad casi permanente de antes, obligaba a construir en cada nuevo emplazamiento ciertos instrumentos de trabajo. En cada sitio tenían que levantar un refugio, que luego abandonaban para moverse a otro. Eran pueblos que migraban constantemente. “Está claro. De haber seguido así, nunca habrían podido desarrollar las herramientas, y mucho menos construir casas”.

Además, los refugios estaban mejor levantados cuando se permanecía más tiempo en el mismo lugar. “Fuimos nosotras las que inventamos la agricultura, y de esa manera sentamos las bases para la edificación de las casas”, pensó orgullosa Lucía. La agricultura también hizo posible que la población creciera en un mismo territorio, prosiguió el texto. Cuando se tornaba muy numerosa, una parte de ella tenía que emigrar. Sin embargo, la agricultura permitía emigrar hacia regiones más áridas, donde la naturaleza no era tan abundante. Incluso zonas

semidesérticas podían ser ocupadas. Se trata de un proceso que tomó mucho tiempo, pero que significó un gran salto en la historia. “¡Ya entendí!, con la agricultura nos liberamos de la naturaleza. Fue una verdadera liberación... y gracias al trabajo de las mujeres. ¡Que me escuchen mis compañeros de clase! Fuimos las mujeres quienes hicimos posible la liberación de la humanidad... ¡Uy!, de nuevo compitiendo”.

En tanto la cacería permanente supuso una mayor movilización para no agotar la fauna en un determinado territorio, el desarrollo de la agricultura favoreció una vida aún más sedentaria. Una cacería intensiva, en efecto, conlleva el paulatino agotamiento de la fauna. “O sea, que con tal agotamiento a los hombres les resultaba imposible cazar, lo que implicaba quedar fuera del juego”, razonó la joven. Con una vida más sedentaria basada en la agricultura, la producción al igual que la población tienden a ser mayores en un territorio, añadía el libro. Fue entonces cuando la explotación más integral de la fauna encontró sus límites.

Frente a la amenaza de extinción de algunas especies, la cría de animales se convirtió en una necesidad. “Ya entendí”, expresó Lucía en alta voz. Así pues, la vida sedentaria propició la cría de animales a la que obligó la extinción de la fauna. La sobrevivencia de ésta no habría sido sostenible sin la domesticación de los animales. “Parece que la historia desde hace mucho tiempo conoce las luchas de los ecologistas. Y yo que pensaba que eso del desarrollo sostenible era cosa de ahora. Hablaré sobre esto con mi profe de sociales”.

Así como el choque entre la cacería y la recolección desembocó en la agricultura, explicaba el texto, de igual modo el choque entre la agricultura y la cacería

obligó a desarrollar la cría de ganado. Con la doma de los animales y la cría de ganado, fue posible incidir en su reproducción. De manera que para comer carne, ya no se dependía de la caza de las especies existentes. En vez de cazar a los animales, se los reproducía y criaba. Además, su uso no se limitó únicamente a la comida. Los animales sirvieron también como medio de transporte y de trabajo. Esto permitió la migración, con un rebaño de animales, hacia zonas más lejanas y áridas, donde incluso no era posible desarrollar la agricultura. Allí, el pastoreo permitió independizarse de la agricultura. En los pueblos pastoriles, las mujeres tuvieron un papel secundario, terminaba el capítulo.

“¡Caray!, ahora sí que estamos listas las mujeres. Esos pueblos pastoriles nos dejaron fuera de la historia. En tales pueblos, no tenemos más nada que hacer. A mí me gusta más jugar un partido que mirar hacia una cancha donde no tengo lugar. La historia realmente está llena de sorpresas. Apenas sentí que nosotras hacíamos la historia y, de repente, en la segunda mitad del partido, siento que estoy en el banquillo de reserva”. “Mañana habrá otro partido”, le dijo su papá al escucharla. “Vamos a dormir, mi pequeña salvaje”.

“Una cosa es cierta, cada uno de estos pasos en la historia significó una nueva liberación de nosotros, los humanos, de las fuerzas de la naturaleza. Pero, ¿seguimos siendo una sola familia? Desde que la humanidad abandonó la Edad de Piedra con la evolución de la agricultura, veo que hombres y mujeres se turnan en el banquillo de reserva mirando el partido. Si en una gran familia unos se quedan afuera, ¿cómo será ese juego en la gran sociedad? Al liberarnos de las fuerzas naturales, ¿nos liberamos acaso de los lazos de la gran familia?”. Lucía se quedó con la pregunta... “Bueno, mañana será otro día para leer”, concluyó.

Capítulo III

Lucía sobrevuela culturas muy antiguas

Habían pasado varios meses. Para navidad nuestra joven recibió un teléfono celular que era ya cosa común en la ciudad, aunque no así en un lugar en el campo colindando con la selva. “Ahora mismo hablo con Ana Amelia, mi mejor amiga en el colegio”, se dijo. Conversó con ella largo rato. Le comentó que ahora podría comunicarse con sus abuelos paternos en el extranjero cuando ellos estuviesen de viaje. Ana Amelia le contestó que por fin había salido de la selva. Y en verdad, a Lucía se le abrió un mundo nuevo. Sin embargo, ella disfrutaba la vida en el campo más que cualquier otra cosa.

Lucía despertó y fue a la ventana a mirar el mar. El silencio y la amplitud de ese enorme espejo de

agua guardaban un gran secreto. Durante los miles de años de existencia de la humanidad, pensó, ese mar lo había observado todo. “Ahí están los barcos esperando para entrar al puerto. Hoy es posible cruzar el mar en barco y llegar hasta los lugares más apartados. No hay lugar en el mundo donde no viva gente. No solamente en los polos hay vida humana, también en los desiertos más desolados existen poblados. Eso muestra cuán lejos ha ido el proceso de liberación de la humanidad frente a las fuerzas de la naturaleza”.

La joven comprendía que en un inicio este proceso de liberación únicamente se logró mediante estrechas relaciones comunitarias. Sí, durante miles de años la solidaridad fue la condición clave para conseguir sobrevivir en la selva y avanzar en la historia de la vida humana. ¿Cómo cambiaron esas relaciones comunitarias y desapareció esa solidaridad? Esta pregunta la intrigaba.

En el libro había leído que al aumentar la población, las relaciones de personas unidas por vínculos de sangre, o las llamadas relaciones de parentesco, se volvieron cada vez más complejas. Se hablaba de clanes agrupados en tribus y de confederaciones de tribus. Entre los clanes y las tribus de una misma confederación se establecían relaciones de parentesco y de intercambios ceremoniales orientadas a reafirmar la unión, a consolidar los lazos entre las familias y comunidades. Los intercambios matrimoniales entre clanes, afianzaban los vínculos de solidaridad dentro de la comunidad mayor. Tales ceremonias le resultaban un poco extrañas a nuestra joven. “Quiere decir que en esos tiempos yo habría tenido que casarme con alguien que no conocía de otro pueblo para mantener y fortalecer los nexos entre nuestros pueblos”.

¿Cuál era la lógica o racionalidad que los animaba? La mayor complejidad de las relaciones solidarias, posibilitaba a su vez una mayor libertad de cada una de las comunidades de base. Porque en vez de estorbarse dentro de un mismo territorio, gozaban de una autonomía relativa en su quehacer diario. El apoyo mutuo se revelaba en trabajos colectivos, como era el caso de la defensa del territorio común frente a eventuales intrusos. La ayuda mutua operaba igualmente cuando una comunidad se encontraba en problemas para autoabastecerse. Cada comunidad, en efecto, contaba con el apoyo de las demás cuando lo necesitaba. “¡La ayuda mutua, por tanto, funcionaba como una aseguradora!”. Lucía quedó impresionada con la inteligencia de sus antepasados. “¿Y dónde está hoy toda esa solidaridad? Mi próximo ensayo en el cole, lo haré sobre este tema”. Y de una vez llamó por su teléfono a su amiga Ana Amelia, para ver quién más podría participar.

Nuestra lectora volvió al texto. Las comunidades pequeñas, prosiguió el libro, solo podían garantizar su existencia si formaban parte de una comunidad mayor. El Bien de la comunidad menor solo se aseguraba con el Bien de la comunidad mayor, y el Bien de cada individuo solo se afirmaba con el Bien de cada comunidad. No existía, por consiguiente, conflicto entre el Bien Común de la sociedad y el interés individual. Más bien, éste se garantizaba exclusivamente a partir del Bien Común. En otras palabras, en esta etapa de desarrollo no había espacios para desplegar intereses privados que se apartasen del Bien Común.

La joven estaba asombrada con la sabiduría de sus antepasados. “O sea, que en una comunidad antigua únicamente se era alguien en tanto se era miembro de la comunidad. Eso parece totalmente opuesto a lo que sucede hoy”, se dijo. Luego, concluía el libro, una

persona nada más podía mejorar su situación y sus posibilidades si la comunidad mejoraba las suyas. Las personas se desarrollaban conforme lo hiciera la comunidad. Así pues, la solidaridad entre todos, además de una obligación, era un interés propio. Lucía quedó perpleja.

Nuestra joven comenzó a hacer apuntes para ponerlos en Facebook. Si bien ella no tenía computadora todavía, si tenía acceso a las que había en su colegio. La sociedad primigenia, entonces, no era el resultado de la suma de los individuos que la conformaban, pues el punto de partida era la comunidad. Una persona era un individuo en la medida en que era miembro de la comunidad. Lucía apuntó que en la actualidad todo es exactamente al revés. “Vivimos patas arriba. Los individuos viven en competencia unos con otros. No somos seres solidarios, sino individuos que competimos por sobresalir y, a menudo, nos desarrollamos a costa de los otros”. La muchacha se sintió horrorizada con su mundo.

“La suma de todos los alumnos en competencia se llama escuela, porque la escuela no es una comunidad solidaria donde estudiamos juntos”, siguió escribiendo. “Menos aún lo son las empresas, las cuales compiten permanentemente entre sí. Todo es competencia de unos con otros, de unas escuelas con otras, de unas empresas con otras. La sociedad es la suma de todas estas relaciones de competencia... Pero si cada uno compite por ser el mejor, se supone que la sociedad será mejor. Esto al menos nos enseñan en clase. Algo aquí no está bien”, reflexionó Lucía. “Somos muy egoístas. Desde pequeños nos peleamos por cualquier cosa y nos beneficiamos a costa de los otros. Por todos lados en el mundo hay guerras, robos e injusticias. ¿Cómo nos va a beneficiar esto?”. En verdad, le inquietaba cómo

la humanidad llegó a esta pérdida de solidaridad y cómo podríamos recuperarla.

Muy estudiosa y buena lectora, la joven había aprendido en el colegio que con los mayas las cosas fueron muy diferentes. Ellos tuvieron una cultura impresionante. Recordaba los templos y las pirámides que habían construido. De igual modo, sabía que en la región andina hubo culturas indígenas muy desarrolladas. Y, claro está, no olvidaba a Egipto, ni a Mesopotamia, ni a China. Intentó imaginarse la vida en esas culturas antiguas, sobre las que también había leído en el colegio.

Con el crecimiento de la población, las relaciones entre las comunidades se amplificaron más y más, leyó en su libro nuevo. El trabajo cooperativo entró en una escala mayor. Solamente así fue posible penetrar las llanuras sedimentarias o las cuencas de los grandes ríos, y regularlas con obras hidráulicas para evitar inundaciones. Con el trabajo cooperativo en gran escala, en efecto, se construyeron canales y diques que permitieron cultivar y vivir en las cuencas de los ríos, algo que antes habría significado un suicidio. De igual modo, con la construcción de terrazas se introdujo la agricultura en las montañas. “Y hoy todavía no entendemos cómo nuestros antepasados pudieron realizar esos trabajos casi sin instrumentos”, se dijo en voz alta. “Esto pasa porque ya no creemos en la posibilidad de cooperación entre miles de personas”, comentó su papá, quien la había estado escuchando.

A Lucía la impresionaban esos pueblos antiguos y anotó en sus apuntes que tuvieron el valor de asentarse en lagos, ríos y altos cerros donde construyeron sus civilizaciones. “Debe haber parecido una locura, pues adentrarse en esos lugares implicaba abandonar tierras seguras y aventurarse en lugares

inhóspitos. Tal vez eran tierras más fértiles, pero el arriesgarse a perderlo todo no era asunto de broma. Fueron muy valientes... En todo caso, eso solamente fue posible porque eran un gran grupo y pensaban de manera colectiva”, escribió.

El libro demostraba que en tiempos antiguos, la relativa liberación de los seres humanos de las fuerzas naturales únicamente fue posible por la ampliación de los vínculos de solidaridad entre las comunidades. Sin esos nexos y el trabajo colectivo, jamás habrían podido realizar esas inmensas obras productivas. Con todo, lo más llamativo era que el mayor dominio sobre las fuerzas naturales originó a su vez un mayor dominio sobre las relaciones entre los seres humanos. “Esto parece querer decir, razonó apuntando la jovencita, que a partir de las grandes obras de cooperación los lazos comunitarios también se modificaron”.

El libro explicaba que para llevar a cabo esas obras gigantescas fue necesario separar el trabajo ejecutivo del manual, así como una coordinación permanente. Las comunidades de base daban tributo a la coordinación, tanto en trabajo como en especie, para desarrollar las obras comunales. Ésta recibía esos aportes y los invertía en obras. No obstante, dada la larga duración de las obras, esto se convirtió en una división permanente del trabajo. “Y entonces las cosas se tornaron más complejas”, pensó la joven.

Según el texto, la división del trabajo se estableció para las obras colectivas. El Bien Común de estas obras no se podía garantizar de antemano, era algo que solo se veía por sus resultados. Y los resultados no eran inmediatos, más bien, se observaban mucho tiempo después. Si el resultado reafirmaba y beneficiaba a la colectividad, las obras eran percibidas como un Bien Común. “¡Ya entendí!, si los

resultados eran un desastre, los trabajos no le servían de nada a las comunidades de base, y en tal caso, la comunidad directiva tampoco les servía, no se legitimaba”. El capítulo concluía que con esto surgió un espacio en la historia para la confrontación de intereses. Es decir, la liberación relativa de los seres humanos de las fuerzas naturales, o sea el dominio sobre ellas, hizo posible la explotación de unos seres humanos por otros. Lucía, realmente impactada, leyó varias veces esta frase.

“Creo que el libro quiere decir que esto le impidió a la humanidad seguir viviendo en comunidades solidarias. A partir de ahí comienzan los conflictos por intereses diferentes”, se dijo apuntando. Para la jovencita, indudablemente eso significó una pérdida para la humanidad. Su corazón le decía que era preciso recuperar esa solidaridad. Pero, ¿cómo? Lucía no lo tenía claro, aunque de algo estaba segura: tenían que sentir la necesidad de recuperar esa solidaridad.

“¡Hay que olvidarse de que la humanidad opera exclusivamente por la voluntad de algunos! Es preciso, escribía, que sintamos esa necesidad de forma colectiva”. Así como la humanidad perdió la motivación para que seamos solidarios, de igual modo debe haber fuerzas futuras que nos obliguen a recuperarla, planteaba el libro. “Fuimos solidarios porque no quedaba más remedio. Solo volveremos a serlo cuando no haya otra opción”, filosofó Lucía.

Habló con Ana Amelia acerca de lo que había leído.

—Sí Lucía, mi padre me ha dicho que los seres humanos aprendemos únicamente por la fuerza, comentó su amiga. Sin embargo, habría que preguntarse cómo y cuándo se darán esas condiciones.

Las chicas eran conscientes de que ésta era una pregunta muy difícil de responder, y no comprendían por qué nadie se preocupaba por tales preguntas.

—Pareciera que la solidaridad la guardaron en el congelador, expresó Lucía.

—Aun así, debe haber alguna forma de revivirla, respondió Ana Amelia. Solo el calor humano puede lograrlo, pero ¿cómo hacerla revivir?... Estoy lejos de tener una respuesta.

—Mejor sigo leyendo para ver cómo la solidaridad terminó en el congelador. Entenderlo nos dará pistas para poder revivirla. Después te vuelvo a llamar.

Al final, Ana Amelia le pidió prestado el libro. Lucía le dijo que al día siguiente le mandaría por Facebook sus apuntes y más adelante le llevaría el libro.

Más animada, nuestra joven retomó la lectura. Las grandes obras de riego, la construcción de terrazas y diques, implicaron cosechas más abundantes para las comunidades. Las fuerzas de la naturaleza, combinadas con los esfuerzos humanos, permitieron un salto de los rendimientos de la producción agrícola. Las cosechas aumentaron en aquellas comunidades que, entonces, constituyeron reservas para asegurarse los alimentos en tiempos de escasez. “El libro llama a estas reservas el tesoro común”, susurró la joven. A menudo, esos productos se guardaban en pirámides. “Ya veo. Estas nuevas obras colectivas dieron lugar a las pirámides que tanto apreciamos. Ellas son la herencia más impresionante que conservamos de nuestros antepasados”, anotó.

La comunidad superior guardaba el tesoro colectivo. Y en esta comunidad se acumuló el conoci-

miento, tanto sobre las fuerzas naturales como sobre las fuerzas sociales. Ella aprendió a dominar el agua, aprendió el calendario y por eso supo cuándo serían las épocas de lluvias, cuándo reaparecerían los días con sol y muchas otras cosas. La comunidad superior guardó y concentró todos esos conocimientos. Pero no toda esa sabiduría llegaba a las comunidades de base, pues en ellas no había escuelas.

Las comunidades de base le tuvieron siempre un gran respeto y miedo a las fuerzas tormentosas de la naturaleza. El hecho de que con las obras colectivas hubiera gran cantidad de productos lo atribuían más a las fuerzas de la naturaleza o a la existencia de los directivos, que a los propios esfuerzos de la colectividad. La naturaleza había sido tan bondadosa con las comunidades, que se le atribuyeron características divinas. De este modo surgieron los dioses del Sol y de la Luna, y se les construyeron templos. Y como todas esas obras se realizaron bajo la supervisión de los directivos de la comunidad, de ahí brotó la idea de una comunidad superior. Lucía se quedó mirando hacia el cielo y sintió mucho respeto por esas culturas.

Los miembros de la comunidad superior fueron los representantes de las comunidades ante los dioses, continuaba el libro. Así fue como los directivos se transformaron en sacerdotes. El desarrollo prolongado de las obras religiosas y el tributo que ello suponía, mostraron la gloria de la cultura. Al mismo tiempo, sin embargo, esto condujo al abandono y a la falta de mantenimiento de las obras productivas. Finalmente, hubo malas cosechas y hambre en las comunidades de base. La enorme inversión en obras de culto, por tanto, evidenció el Mal Común y la comunidad superior se deslegitimó. “¡Ya entiendo!”, exclamó Lucía. En algunos casos, los pueblos invadieron y destruyeron las ciudades donde habitaban esas comunidades directivas superfluas.

“¿Y después qué?”, se preguntó la jovencita luego de resumir las principales ideas. Para impulsar la reconstrucción de las obras productivas, agregaba el libro, se requería volver a organizarse. De nuevo entonces emergieron comunidades superiores, aunque no fuera en el mismo lugar. Acontecieron otros auges. Otras dinastías sucedieron a las anteriores. Aparecieron otros templos. De esta manera, durante milenios se observó el ascenso y la caída de culturas en la historia antigua, ya fuesen las de los pueblos mayas, ya fuesen las del Oriente. “Nunca imaginé que obras tan hermosas como las pirámides y los templos pudiesen revelar la pérdida de las obras productivas en las comunidades de base, y por consiguiente el fin de la solidaridad”, pensó Lucía con tristeza.

“¿Y dónde aparecen el individuo y el egoísmo?”, se preguntó la joven al hacer sus apuntes. “En la historia precolombina, por ejemplo, no los veo por ningún lado. Según entendí de la lectura, había explotación de unas comunidades por otras, aun así siempre actuaban como comunidades y jamás como individuos. Ahí no existía todavía la explotación de un individuo por otro. De modo que tengo que seguir más las pistas de la historia para encontrar el nacimiento del egoísmo individual”.

Al día siguiente nuestra joven historiadora puso sus apuntes en Facebook y prestó el libro a Ana Amelia, para preparar juntas un trabajo para el colegio. ¿Cómo se deshizo la humanidad de las relaciones comunitarias? Ésta, sin duda, era la principal pregunta que debían responder las jóvenes. Tenía que existir un hilo conductor que explicara los cambios que se produjeron en las grandes culturas. Descubrirlo le parecía fascinante a Lucía, quien se sentía ya toda una historiadora. La entusiasmaba el seguir ese hilo de oro de la historia para entrar al futuro. Y sabía que no descansaría hasta hallarlo.

Capítulo IV

Lucía y las antiguas guerras de Grecia y Roma

Pasaron unos meses y Lucía y Ana Amelia habían expuesto su trabajo. La profesora las elogió por ser muy estudiosas y haberlo hecho a partir de una lectura profunda de libros nada sencillos, en vez de limitarse a armarlo con trozos juntados de textos encontrados en Wikileaks. “No hay nada como leer un buen libro”, afirmó. Explicó también que en América Latina y el Caribe la búsqueda del Bien Común es un tema de gran actualidad, y no solo en los países con una población indígena relativamente numerosa. Estimuló a las dos muchachas a seguir con su investigación, y recomendó a todos buscar en Internet escritos sobre el ‘Buen Vivir’. Las chicas salieron felices del colegio.

Lucía volvió con más ánimo que nunca a leer su libro. En un nuevo capítulo descubrió que el ser individual emergió dentro de la historia humana en la Grecia antigua. Para esa época, la humanidad había recorrido ya más del noventa por ciento de su historia. La joven tenía claro que los intereses de un grupo pueden estar en conflicto con el Bien Común de todos. Esta situación se había presentado en la época precolombina y en algunas culturas orientales antiguas, como las de China, Mesopotamia y Egipto. Sin embargo, no alcanzaba a entender cuándo y cómo surgió el ser individual, tan pregonado en nuestra sociedad. ¿Cómo se puede vivir como individuo en sociedad? ¿Cómo se construye la sociedad a partir de individuos? Ésta es la historia de Occidente, subrayaba el libro.

Lucía miró las estrellas. “Oigan, ustedes que han estado allí arriba por millones de años, ¿por qué no me arrojan un poco de luz sobre la historia occidental?”. La estrella más clara apagaba y encendía su luz como en señal de complicidad. “Ya te entendí, ya sé lo que debo hacer. No queda más remedio que estudiar la historia de Occidente para ubicarla dentro de la gran historia de la humanidad”. La jovencita recordó que la introducción del libro advertía que la liberación de la especie humana de sus vínculos comunales dio paso al más abierto choque de intereses alcanzado en la historia. “A ver, otra vez, ¿cómo era ese razonamiento?”.

Volvió a revisar páginas y páginas y halló un capítulo relativo al origen de la propiedad privada en Occidente. Tal propiedad fue establecida después de millones de años de historia de la humanidad. Se originó con un proceso cada vez más individualizado de apropiación del producto de la tierra. Los griegos, originalmente pastores, utilizaban animales en la agricultura. Esto les permitía realizar el trabajo con

bastante independencia de los demás miembros de la comunidad, porque cuanto menos se precisa de trabajos colectivos para preparar la tierra, tanto menos se depende de los nexos comunales en la vida diaria. Luego, como estos trabajos colectivos no se requerían, en la antigua Grecia el producto del trabajo se concibió como resultado de un trabajo individual. O sea, el trabajo se individualizó, y con ello la apropiación del producto obtenido. De ahí surgió la apropiación privada de la tierra y del producto derivado de ella.

Los propietarios individuales intercambiaban productos entre sí. Así nació el comercio dentro de las comunidades. Esto es, ya no se comerciaba apenas entre las comunidades, como hasta entonces en la historia, sino que ahora se comerciaba básicamente también en un mercado local. El trabajo individual de la tierra originó derechos privados sobre la parcela y el producto obtenido de ella. De este modo, el derecho comunal sobre las tierras fue sustituido por el derecho individual, si bien los pastos y bosques aún se compartían en comunidad. Lucía detuvo un momento la lectura y empezó de nuevo hacer unos apuntes. “Esto va tan rápido que necesito anotararlo, si no, me será imposible digerirlo”.

A pesar de esto la comunidad como tal se reafirmó, pues tenía que defenderse de los pueblos extraños e ir en busca de nuevas tierras. Los griegos, por tanto, estuvieron unificados en comunidades basadas en una obra colectiva: la defensa de su territorio. Tal defensa se facilitaba por su ubicación entre montañas y mares. La naturaleza le brindaba un ámbito relativamente protegido. Por ello, la defensa del territorio no exigió obras muy grandes. He aquí una gran diferencia con los chinos, por ejemplo, quienes tuvieron que levantar la Gran Muralla para protegerse de los pueblos invasores.

Lucía envió un mensaje por celular a Ana Amelia para ver si podía llamarla. Al rato sonó su celular. “Lo que leo, pareciera más bien la tranquila vida de una comunidad rural un poco apartada, como las que todavía se encuentran en nuestro país”. Ana Amelia le preguntó: “¿y cómo defendían su territorio de los intrusos?”. “Todavía no lo sé, pero lo voy a averiguar”, respondió nuestra investigadora. Charlaron un rato, y luego Lucía retomó la lectura. La reproducción de los propietarios privados de parcelas, solo podía correr peligro por la pérdida de la tierra comunitaria. Frente a esta amenaza apareció la figura de la jefatura militar y se construyeron ciudadelas donde se instalaron el mercado y el senado. El senado era el consejo de ancianos. La joven rió un momento. La palabra ‘senis’, en griego, significa ancianos. Para asuntos importantes se convocaba una asamblea, conformada por todos los ciudadanos plenos. Así nació la democracia militar en Occidente, indicaba el libro.

“Luego, en ese entonces se estableció la Asamblea del Pueblo. Eso no lo sabía”, se dijo la muchacha. En la Asamblea, continuó leyendo, se reunían todos los varones adultos que podían ser reclutados para la defensa. La tierra, y por consiguiente la ciudadanía, se heredaban en línea masculina. “¡Ya veo!, las mujeres no teníamos nada que hacer en esa democracia de peleones. La democracia occidental nació belicosa. ¡Vaya democracia! ¿Y ése ha de ser el ejemplo a seguir para el resto de la historia occidental? ¿Y eso lo exportan a todos lados como la octava maravilla del mundo? ¡Definitivamente, la historia de Occidente no tiene futuro!” concluyó Lucía.

Nuestra investigadora volvió a sus apuntes. Según ese capítulo, existía una división del trabajo entre los quehaceres en el campo y el trabajo de los

gobernantes para la comunidad. Para mantener a los patricios o gobernantes, todos los ciudadanos del campo tenían que dar un tributo en trabajo y en especies. Los gobernantes administraban los bienes comunales y la comandancia militar defendía las tierras públicas.

Lucía siguió leyendo. No obstante, el crecimiento de la población llevó a fraccionar las tierras entre los hijos. A través de las generaciones las parcelas se tornaron más y más pequeñas, hasta que no bastaron para mantener a las familias. Los reclamos sobre las tierras públicas se hicieron oír. Los patricios y la comandancia militar tenían la opción de repartir estas tierras, o bien la de ir a la guerra en búsqueda de nuevos territorios. Esta segunda opción legitimaba a la comandancia militar en su papel. Curiosamente, las guerras de conquista se presentaron como si fueran para el Bien Común. “El Bien Común de unos se vuelve, entonces, el Mal Común de otros, suspiró la joven. ¡Esto me huele mal!”. De acuerdo con el libro, después de una conquista los ciudadanos ocupaban nuevas parcelas. Los patricios y la comandancia militar, por su parte, controlaban las nuevas tierras comunales conquistadas y los prisioneros de guerra.

Los prisioneros de guerra comenzaron a trabajar como esclavos. Eso implicó la pérdida de su libertad y de todo vínculo con su antigua comunidad. La producción esclavista en las tierras comunales la dirigían los patricios, quienes destinaron el producto del trabajo de estas explotaciones a su mantenimiento y el de los jefes militares. Con el paso del tiempo, el control individual de los patricios sobre el producto del trabajo de los esclavos se convirtió en una apropiación de derecho. De esta forma surgió una clase esclavista que explotaba a una clase esclava.

La joven quedó boquiabierta. “¿De dónde sacaron el derecho sagrado de declarar a alguien su esclavo?

No hay derecho en esta tierra para semejante barbaridad. Vamos de mal en peor en la historia occidental”. Según el libro los esclavos pertenecían a su amo y, en el derecho romano, se los consideraba instrumentos parlantes que podían ser vendidos en el mercado como si fueran piezas de ganado. Las mujeres se vendían aparte de los hombres, y a menudo los hijos se vendían separados de sus madres. “¡Qué horror, qué civilización!”, exclamó una indignada Lucía.

El nacimiento de la individualidad en la relación amo-esclavo significó la negación total de la libertad personal, continuó el libro. En tal relación hay intereses abiertamente antagónicos, y por eso resulta imposible percibir el Bien Común en ella. Donde existe una privación total de la libertad personal, no es factible concebir la voluntad subjetiva para trabajar. “¿Acaso esos esclavistas pretendían que sus esclavos trabajasen cantando? ¡Estaban locos!”, pensó la muchacha. Como los esclavos trabajaban bajo la amenaza de toda clase de castigos, lo hacían sin voluntad alguna e incluso destruían sus instrumentos de trabajo. Solo podían darles instrumentos muy toscos, lo que tornaba imposible el desarrollo tecnológico. La propia relación esclavista impedía tal desarrollo, concluía el capítulo.

Una vez más nuestra joven hizo apuntes, hablando. “¡Ya veo por dónde va el hilo dorado de la historia! Los humanos nacimos como manada, como tropa solidaria, por necesidad. Luego fuimos un complejo de manadas dirigidas y explotadas por una tropa superior. Más tarde nació el individuo, que dejó de ser parte inseparable de una manada. Con ello, apareció la posibilidad de que unos individuos, los esclavistas, explotaran a otros, los esclavos. La libertad individual de unos privilegiados chocaba con la total ausencia de libertad de los esclavos. La sociedad de los ciudadanos libres apareció como una

sociedad que ignoraba a los esclavos. Ante la ley, los esclavos no eran seres humanos. Y las mujeres no tenían ciudadanía plena. ¡Qué clase de civilización!”.

Lucía habló con Ana Amelia y le contó lo que acababa de leer.

—No puede haber una peor relación entre humanos, que ésta entre amo y esclavo, comentó Ana Amelia.

—¿Habrá un día libertad para todos en este mundo?, le preguntó nuestra pequeña historiadora... ¡Aunque ahora creo intuirlo! De aquí en adelante no puede ser peor. Definitivamente, con la esclavitud ya pasamos lo peor.

Ana Amelia concordó.

—Solo puede haber un camino cuesta arriba para recuperar la libertad como persona... Y quizá haya un momento en nuestra historia que nos obligue a vivir de nuevo como seres libres en comunidad y con solidaridad.

—¡Éste ha de ser el mundo soñado!, le contestó Lucía.

—De repente, hacia allí es que nos lleva el hilo conductor de la historia, acotó Ana Amelia.

Las muchachas se emocionaron con este descubrimiento.

—¡Juró seguir el hilo dorado de la historia hasta dar con la puerta de entrada al mundo soñado!, exclamó Lucía.

—Pero, ¿cómo seguir la pista?”, preguntó Ana Amelia.

—No ha de estar lejos de aquí, porque hemos recorrido mucha historia. Me iré por esta cuerda dorada y seguramente hallaré a Utopía.

Las jóvenes acordaron verse en casa de Ana Amelia el fin de semana siguiente y se despidieron.

Para Lucía estaba claro que la esclavitud era la peor forma de relación entre los seres humanos. Por eso, no le extrañó leer que los esclavos solían huir. Con frecuencia se perseguía a los fugitivos, y cuando se los hallaba, se los crucificaba. El terror que este hecho causaba, prevenía a otros esclavos que pretendieran fugarse. La muchacha quedó helada con esa idea, pero se acordó de una película llamada “Espartaco”. Él fue un esclavo, conocido sobre todo por su impresionante papel de gladiador en esa película. Espartaco huyó con otros esclavos y lograron derrotar a las patrullas que les perseguían. Formó entonces un ejército cada vez más exitoso que inclusive derrotaba a las tropas romanas. Recorrió la península itálica de norte a sur, liberando esclavos que se integraron a su ejército siempre más grande, hasta alcanzar setenta mil hombres. Representó pues, una verdadera amenaza para el imperio. Finalmente, años después, fue derrotado en el sur de la península al no disponer de barcos para cruzar el mar. Los antiguos esclavos capturados fueron crucificados a lo largo de la llamada Vía Apia, entre Capua y Roma.

Ella había leído antes que los esclavos no se reproducían. Ni siquiera tenían vida familiar. Más aún, muchas madres preferían matar a sus hijos al nacer para librarlos de tener que soportar un destino tan triste. Para la joven, resultaba evidente que los esclavos eran reclutados a la fuerza puesto que nadie se ofrecía por su propia voluntad como esclavo. El texto explicaba que la reposición de los

esclavos se efectuaba mediante las guerras. Cuando faltaban esclavos se organizaban nuevas guerras, ya no como anteriormente para conseguir tierras para los ciudadanos, sino para reponer a los esclavos fallecidos.

Cuanto mayor era la oferta de esclavos en razón de una guerra exitosa, tanto peor el trato que recibían. Por ejemplo, cuando ya no servían por estar viejos o enfermos, se los arrojaba a los precipicios. El imperio crecía con las guerras permanentes emprendidas por los esclavistas. En ellas los soldados eran civiles libres, muchos de los cuales perdían la vida. Además, al ausentarse de sus tierras, se perdían las cosechas. Por consiguiente, a causa de estas guerras numerosas familias quedaron endeudadas. No pudiendo pagarlas, también cayeron en la esclavitud. “¿Aun a su propia gente la esclavizaban? ¡Qué historia! ¡Qué civilización!... Aunque esa esclavitud por deudas debe haber desembocado en rebelión”, razonó Lucía.

Y al seguir leyendo se percató de que estaba en lo cierto, pues hubo grandes rebeliones de los ciudadanos en contra de tal esclavitud. En Grecia, los esclavistas no tuvieron más remedio que ceder ante esas rebeliones. De lo contrario, se habrían quedado sin tropas para los ejércitos y sin impuestos para financiar las guerras. Aquí hubo varias ciudades esclavistas en disputa permanente con Atenas, que nunca logró imponerse sobre las otras ciudades-estado griegas.

En Roma, de acuerdo con el libro, las cosas fueron diferentes. La Italia antigua, anterior a la instauración de la esclavitud, estuvo unificada bajo la hegemonía romana. Luego, mientras que a las ciudades esclavistas griegas no les quedó otro camino que abolir la esclavitud por deudas, Roma

en cambio concedió la ciudadanía romana a aquellos pueblos que opusieron menor resistencia al avance del Imperio. Con el resultado de que mantuvo la esclavitud por deudas, sin que diezmará el número de ciudadanos y de guerreros que el Imperio Romano necesitaba. “¡Vaya manera de ampliar artificialmente la ciudadanía!”, se dijo Lucía.

La jovencita sabía que al final del imperio, Roma fue invadida por los ‘bárbaros’, vale decir, pueblos extranjeros menos desarrollados con un ‘balbuceo’ incomprensible. Con todo, no entendía cómo un imperio tan poderoso pudo ser invadido por esos ‘bárbaros’. El libro mencionaba que los ejércitos romanos fácilmente recorrían mil kilómetros a pie. El Imperio necesitaba hacer la guerra de forma permanente para reponer a sus esclavos. Como consecuencia, sus ejércitos tuvieron que ir siempre más lejos, a miles de kilómetros, a buscarlos. “¡Eso no hay quien lo aguante!”, meditó la joven. Conforme el Imperio se extendió a zonas más lejanas, proseguía el libro, crecieron los costos de las guerras. El costo de los esclavos, por tanto, se elevó. Además, a medida que las guerras se expandieron hacia zonas más alejadas, hubo más derrotas que triunfos. Luego, los esclavos escasearon cada vez más y su precio se incrementó sin cesar en el mercado. Entonces, el trato a los esclavos mejoró, hasta que finalmente no hubo otra alternativa que liberarlos. Los esclavistas concedieron parcelas a los esclavos liberados para que se mantuviesen por sí mismos. “Ya veo, se dijo Lucía, tuvieron que darles la libertad para vivir en parejas y tener hijos”.

Al día siguiente llamó a Ana Amelia, ya que no la vio en el colegio.

—Tenías razón, al final del Imperio Romano tuvieron que descartar la esclavitud y concederles libertad para vivir en parejas y tener hijos.

—Vi tus apuntes en Facebook, le comentó su amiga, y estoy segura de que en la historia que sigue la mayor libertad será la bandera de toda lucha. Pondré también mis ideas en Facebook, a ver si alguien más nos acompaña.

Las dos sintieron que ellas mismas estaban levantando esta bandera. Después de abordar muchas otras cosas, se despidieron.

Al dejar de existir la antigua forma de esclavitud, seguía el libro, las obras de defensa se tornaron superfluas y múltiples puestos militares periféricos fueron abandonados. El comercio de esclavos tendió a desaparecer. Con ello decayeron la producción y el comercio toda vez que la economía de mercado, construida con latifundios esclavistas, desapareció. Además, sin la presencia del ejército muchas poblaciones dejaron de tributar a Roma. El control central se debilitó y el Imperio empezó a subdividirse. En fin, el poder de Roma se debilitó totalmente. Y fue así como pueblos ‘bárbaros’ pudieron invadirla.

Lucía suspiró al terminar el capítulo. “Quiere decir que la esclavitud se acabó. Y con su finalización, la humanidad recuperó la libertad personal. Ya pasamos, entonces, lo peor”. Con esa idea en mente, pudo dormir apaciblemente.

Capítulo V

Lucía recorriendo feudos y castillos

Un nuevo semestre arrancó, al final del cual Lucía cumpliría catorce años. Tenían otro profesor de ciencias sociales. No más en la primera clase hubo una discusión en torno a qué es la economía. El cómo hacer plata fue la respuesta más común, en particular entre los hombres.

—En verdad, expresó el profesor, es un dato muy curioso: sabemos muy poco acerca de uno de los asuntos más importantes en nuestra vida diaria como es la economía. En las escuelas casi ni se aborda el tema y los libros de economía están escritos en un lenguaje muy complicado para poder ser leídos y comprendidos por el gran público. Son para los especialistas en la materia.

Ana Amelia solicitó hablar.

—¿Creo que a los jóvenes no nos quieren decir lo que realmente pasa en el mundo? Los adultos siempre nos dicen: cuando seas grande lo entenderás.

El profesor comentó que había mucho de cierto en lo que ella señalaba, pero que lo mismo podía decirse incluso para los adultos.

—Los periódicos y la televisión nos informan de ciertas cosas y de otras no. Además, lo enfocan de una manera que no necesariamente nos brinda una visión de lo que en realidad está pasando y de lo que se esconde detrás de los hechos.

Lucía pidió la palabra y expresó:

—Lo mismo ocurre con la historia. Nos presentan hechos y fechas de una forma que nadie entiende nada. La historia y la economía nos las presentan como cosas separadas, sin embargo considero que la una no se entiende sin la otra. ¿Por qué nos educan así, sin que captemos lo que realmente pasa?

El profesor permaneció callado y aparentemente algo incómodo. Nicolás acotó:

—En Internet se habla claro sobre cualquier tema y con diversos puntos de vista.

El profesor le dio cierta razón, no obstante precisó:

—Sí, en Internet hayas de todo, pero lo que no encuentras es cómo enfocar la lectura. Esto deberíamos aprenderlo en la escuela. En esto está en lo cierto Lucía. No se puede separar la historia de la economía.

Ana Amelia y Lucía abordaron después de clase a Nicolás, para ver si no querría integrarse a su grupo

de estudio de la historia. El joven estuvo de acuerdo y quedaron en reunirse el próximo fin de semana en casa de Ana Amelia.

Al día siguiente Lucía se despertó muy temprano y retomó la lectura de su querido libro de historia, la que había abandonado en el período de exámenes al final del semestre pasado. Durante las vacaciones, Ana Amelia lo tuvo prestado. Por eso estaba contenta de poder volverlo a leer, lo que le parecía fascinante. Después de la esclavitud vino el feudalismo. La muchacha se acordaba de los castillos y los caballeros, de los príncipes y las princesas, sin embargo no había leído mayor cosa acerca de este período. En su casa la llamaban mi reina, mi princesa, lo que le gustaba, aunque cuando las cosas no iban bien en el colegio el cuento era otro. Eso de ser princesa toda la vida debía pasar únicamente en los cuentos de hadas.

Durante el feudalismo, explicaba el libro, los llamados siervos de la gleba se vendían junto con las bestias y las tierras de su Señor. Su libertad apenas se distinguía de la de los esclavos por el derecho a la propia reproducción. La mayoría de los siervos disponían de una parcela, propiedad de su Señor. Por su alquiler, le pagaban una renta en trabajo. Tal renta significaba que parte de su tiempo los siervos trabajaban las tierras del Señor, mientras la otra parte laboraban en sus respectivas parcelas. Era como un alquiler pagado en servicios.

La joven comprendió pronto que las mujeres pobres de ese tiempo nada tenían que ver con las princesas. Aquel mundo más bien estaba repleto de cenicientas. Entonces, vio la vida en los castillos con otros ojos. Un buen número de cenicientas al servicio de un príncipe o de una princesa. “No hay duda de que si se pudiera elegir en la vida, sería mejor ser

princesa que Cenicienta. Pero, ¿quién decide esa suerte?”.

Recordó que antiguamente los esclavos se reclutaban recurriendo a las guerras. Ahí el asunto estaba claro. ¿Y cómo era en el feudalismo? Eso no lo tenía tan claro. Los señores, siguió leyendo, brindaban protección a los siervos. Eran mandamases y jueces al mismo tiempo. Además, cada Señor, como caballero, prestaba servicios de guerra a otros señores de rango superior. Y junto a la pirámide de señores feudales se hallaba la estructura eclesiástica con sus obispos y el papa. Esta perspectiva Lucía nunca la había concebido. “O sea, que si no estabas vinculado a la Iglesia o no servías a un Señor, no había un lugar para ti”.

La protección de los caballeros se pagaba con servidumbre. Solo que con el crecimiento de la población servil, indicaba el libro, las parcelas se fraccionaron y pocas generaciones después ya no bastaron para las familias. La pobreza aumentó, puesto que era mucha la población y pocas las tierras disponibles. Bajo la conducción de los señores feudales, se crearon entonces nuevos pueblos con tierras nuevas. Para ello, fue necesario arar bosques o ganarle tierras al mar. Tales obras exigieron un trabajo colectivo coordinado por un Señor de rango mayor o por un convento. Jamás se habrían llevado adelante sin una amplia coordinación. “¡Así que esos señores también se inmiscuían en cosas productivas!”, exclamó Lucía con cierta satisfacción.

Concluidas estas obras productivas, añadía el libro, retornó la prosperidad. Los nuevos pueblos distaban mucho de los castillos y de los burgos donde residían los señores. A tales distancias, pagar con renta en trabajo habría implicado una movilización de varios días. De ahí que estos pueblos pagaron

su renta en especies. Transcurrido un tiempo, los señores introdujeron este tipo de renta en todos sus dominios. En cada región pedían un producto diferente, e intercambiaban estos productos por otros procedentes de regiones más alejadas. El comercio, por tanto, se realizaba entre distintas regiones.

Lucía hizo notas para ponerlos en Facebook. Con la renta en trabajo la libertad como persona era muy limitada. Los señores podían vender o traspasar su feudo con siervos y ganado incluidos. Con todo, si se lo compara con la esclavitud, supuso un paso hacia la libertad, aunque fuese un paso pequeño. Con el crecimiento de la población las parcelas de los siervos se fragmentaron. Las tierras comunales representaron una primera salida para reasignar nuevas parcelas, pero más tarde o más temprano los señores buscaron habilitar nuevas tierras más lejanas. Debido a la lejanía no tenía sentido seguir tributando en trabajo; así apareció la renta en especie.

Al día siguiente, reaccionaron Ana Amelia y Nicolás. Éste escribió que la renta en forma de trabajo representaba una relación de sometimiento más visible.

—Trabajas para el Señor cierto tiempo y el otro para ti. Con la renta en especie, en cambio, trabajas para ti todo el tiempo y eres más independiente. Desde luego, hay que pagar una renta en especie al Señor, como si fuera un alquiler.

Ana Amelia entró luego.

—Nicolás tiene razón, es otro paso adelante en la historia hacia la libertad.

—Estoy de acuerdo con ustedes, replicó Lucía.

— Pero siempre existe una relación de explotación, aun cuando sea menos bruta y directa. A ver cómo sigue este proceso en la historia, si bien ya vislumbro un camino más pavimentado por donde podría ir nuestro futuro en busca de la Utopía, cerró Ana Amelia.

Lucía siguió con la lectura de su libro. Gracias a la renta en especies, el comercio se desarrolló y alcanzó distancias cada vez mayores. En un comienzo, los señores tuvieron siervos transportistas. Estos, sin embargo, requerían más libertad para desplazarse con facilidad a otros dominios. El resultado fue la concesión de la libertad para moverse. Los señores vendían entonces sus productos en encomienda a estos nuevos comerciantes, quienes los revendían en sitios lejanos. En la medida en que acumularon dinero, estos comerciantes compraron y vendieron con creciente independencia de los señores.

Los comerciantes se instalaron en las afueras de los burgos pertenecientes a un Gran Señor u Obispo, donde edificaron sus casas y bodegas. Para protegerse contra los bandidos, estos llamados burgueses construyeron fosos y grandes muros. Y es que dada su independencia de los señores, el riesgo de la venta de los productos o de su pérdida por asalto, recayó desde entonces en las espaldas de estos burgueses libres comerciantes.

Por otra parte, los siervos de la gleba constituyeron el personal doméstico de los nuevos burgos. Estaban acostumbrados a elaborar artesanías toscas para las viejas y primitivas cortes feudales y aquí en los burgos, bajo la protección de un Gran Señor u Obispo, se organizaron en talleres. Cada taller estaba encabezado por un maestro. Siguiendo las órdenes del Señor, los talleres se agruparon en gremios, cuyas reglas buscaron ahora garantizar la

producción de artesanías especializadas de calidad. Más que para el consumo de un determinado Señor, estas artesanías eran para la venta. En la medida en que aumentó la especialización se desarrolló el comercio, y con éste avanzó todavía más la especialización. Solo que, al igual que ocurriera con los comerciantes, para poder vender sus productos los artesanos demandaron más libertad como personas, pues sin ella nada les pertenecía.

En esta nueva época, las cortes dejaron de autoabastecerse con el tosco trabajo artesanal de sus propios siervos. Los señores compraron las artesanías en el mercado, donde los artesanos especializados vendían sus productos. La fisonomía del burgo cambió entonces para transformarse en ciudad. Los nuevos ciudadanos adquirieron derechos económicos y sociales. Cobraron sus propios impuestos y organizaron su propia defensa. Finalmente, la burguesía consiguió su independencia política y nombró su propio gobierno. Los señores, a menudo a la fuerza, abandonaron los burgos. En su lugar, apareció la figura del alcalde.

Por su abuela materna, quien era historiadora, Lucía sabía que Holanda fue la primera democracia burguesa. Puso en Facebook un resumen de lo leído en el texto, y agregó lo que su abuela le había referido. Fue en Holanda donde más se desarrolló el comercio y surgieron ciudades libres y, por tanto, más se discutió sobre la libertad. Fue el resultado de un proceso de liberación de la época feudal. Espinoza, un filósofo muy conocido en las Siete Provincias Neerlandesas de ese tiempo, fue una figura muy destacada en ese proceso.

Nicolás entró en Facebook y mencionó que si bien Espinoza nació en Ámsterdam, pertenecía a una familia judía emigrante que huyó de la persecución

religiosa en España y Portugal. La lucha por la libertad religiosa era muy importante en esa época. Ana Amelia señaló que él trató sobre la naturaleza del Estado, los límites de su autoridad y la autodeterminación. Fue una época de poner límites tanto al poder del Estado Feudal como al de la Iglesia.

Es cierto, intervino Lucía, pero fueron los hermanos de Witt, del partido 'La Libertad', quienes llevaron estas ideas a la práctica cuando gobernaron la república holandesa entre 1650 y 1672. La llamaron la 'Era de la Libertad Verdadera', en la que no había lugar para un jefe de Estado de la Casa de Orange. Las decisiones en la república se tomaron entre las siete provincias por mayoría de votos. Si se trataba de asuntos muy importantes para todos, se requería unanimidad. Las provincias mantenían autonomía, lo mismo que las ciudades. Hoy, no tenemos una democracia de este tipo.

Días después, Lucía reanudó su lectura. Los comerciantes organizados en gremios emergieron como los actores más dinámicos en la vida urbana, por cuanto los artesanos carecían de acceso a los mercados lejanos a su ciudad para vender sus productos. Dependían para ello de los comerciantes, cuyos gremios lograron monopolios de compra sobre los productos artesanales. Con el fin de contrarrestar tales monopolios comerciales, los gremios de artesanos buscaron proteger sus mercados controlando las producciones y frenando la aparición de nuevos talleres.

Para evitar la instalación de nuevos talleres, bloquearon la migración de los siervos del campo hacia las ciudades. De este modo a los siervos les resultó más difícil obtener la ciudadanía, y con ello la libertad personal. Anteriormente, esta libertad podían alcanzarla fugándose a las ciudades. Ahora,

esto dejó de ser una opción para los siervos. Al obstaculizarse la migración hacia las ciudades y restringirse la posibilidad de crear nuevos talleres, nació lo que se conoce como el proteccionismo.

Por otro lado, al crecer las ciudades creció asimismo la demanda de productos del campo. Se incrementó la demanda de madera para la construcción, de lana para la fabricación de ropa, de cuero para los zapatos, entre otros. Esa masiva producción para las ciudades, condujo al cercado de las tierras comunales en el campo. Se desarrollaron entonces, la hacienda y el latifundio. Como los hijos de los siervos ya no tenían acceso a las tierras comunales, y tampoco podían emigrar a las ciudades, se vieron forzados a trabajar en las haciendas por pagos a menudo miserables. Se puede decir, por tanto, que ellos fueron los primeros 'campesinos' libres de todo, ya que fueron liberados como personas pero también de todo medio de sustento. No poseían tierras, sin embargo podían ir donde 'desearan' porque habían logrado su libertad personal. Nació así el proletariado agrícola.

Los señores concedieron la libertad a los campesinos con tierra, siguió el libro. Desde entonces, ellos vendían sus productos en el mercado local y de esa manera obtenían dinero para comprar lana y cuero para vestirse, madera para levantar sus casas y otras cosas que necesitaban. A cambio, los señores les cobraban una renta en dinero.

Con frecuencia el dinero que percibían con los productos vendidos en el mercado no les alcanzaba para cubrir sus necesidades. Y es que el derecho a la tierra dependía del cumplimiento del pago de la renta, que los señores aumentaban sin cesar. De ahí que, con el tiempo, se perdió el derecho de por vida a la tierra del cual gozaron antes los siervos. Como

eran libres, los señores se reservaban el derecho de alquilar la tierra por tiempo limitado y al mejor postor. Cada vez más, la renovación del alquiler dependió de la oferta y la demanda en el mercado.

“Ya veo, una nueva forma de esclavitud estaba por nacer”, suspiró Lucía. “¿Cuándo cambiará de rumbo la historia? Porque parece tener un único destino: la explotación. Es siempre la misma figura con otras ropas. La explotación se manifiesta de forma distinta. ¿Será posible soñar con un mundo mejor donde no haya explotación? Actualmente, la competencia suprime toda solidaridad. ¿Qué eslabón de la cadena faltará para recuperarla?... Veamos por dónde anda el libro”.

Los campesinos libres con problemas para cumplir con los pagos, solían recurrir a prestamistas inescrupulosos, usureros que les daban dinero con intereses altísimos. Como si esto fuera poco, junto a ellos aparecieron comerciantes urbanos que compraban los productos agrícolas a precios muy bajos. Al no disponer de medios de transporte para trasladar sus productos las ciudades, los campesinos estaban obligados a venderles directamente. Nace aquí la figura del comerciante transportista, que con frecuencia eran burgueses que habían comprado tierras. Estos comerciantes vendían los productos en las ciudades a precios mucho más altos, obteniendo jugosas ganancias.

Los campesinos, además, necesitaron comprar de modo creciente artículos como ropa, calzado y maderas. Surgió así un mercado más allá de las ciudades. Hubo entonces mercados en el campo y en las ciudades, es decir, un mercado nacional. Lucía empezó a entender que el mercado no fue siempre algo corriente en la sociedad. El tan mencionado ahora mercado mundial, es apenas un asunto de

los últimos tiempos. “Hoy no nos podemos imaginar un mundo sin mercados. Por más que leo y releo la historia, me cuesta concebir al mundo sin compras ni ventas. Estamos verdaderamente drogados con el mercado”, reflexionó.

Volvió a su libro. Debido al proteccionismo en las ciudades del que se habló antes, los gremios de comerciantes vendieron fuera de ellas. Por un lado, esta tendencia estimuló el desarrollo del mercado entre el campo y las ciudades, y por otro, propició el comercio a mayor distancia entre éstas. Para evitar cualquier restricción de los gremios de artesanos, los comerciantes se dedicaron al mercadeo de productos exóticos orientales, siendo su principal clientela la nobleza. En esa época, sin embargo, Europa tenía muy poco que ofrecerle al Oriente. La consecuencia fue que al comprar mucho más de lo que podían vender, el dinero se quedó en el Oriente.

Los gremios de comerciantes que controlaban las rutas existentes a Oriente monopolizaban la compra y la venta de productos, y para acrecentar sus ganancias, buscaron rutas alternativas. De esta forma se “descubrió” América, por accidente. La existencia de oro y plata en este continente fue muy provechosa para Occidente, sobre todo por la ya indicada carencia de productos para ofrecerle a Oriente. El gran saqueo de plata y oro condujo al etnocidio en América. Medio siglo después de la llegada de Cristóbal Colón, la falta de fuerza de trabajo indígena llevó a importar esclavos negros. México tardó 500 años para recuperar la población que tenía al momento de la invasión española.

Al etnocidio en América le siguió otro genocidio. Comenzó la cacería y el tráfico de esclavos provenientes de las costas africanas, transportados en condiciones infrahumanas hasta América. El saqueo

del oro y la plata americanos, se continuó ahora con la mano de obra esclava. Pero como los barcos españoles cargados de metales preciosos cayeron frecuentemente en manos de piratas, parte de esos metales terminaron en poder de otras naciones europeas rivales. Con este dinero robado, Europa compró productos exóticos en Oriente. Quienes se beneficiaban con toda esa plata eran los reyes y la alta nobleza, y por eso patrocinaban los viajes de los comerciantes piratas.

La baja nobleza europea, en cambio, no tuvo acceso a esos metales preciosos. Debió entonces vivir de los alquileres pagados por los campesinos. No obstante, la masiva afluencia de oro y plata generó una abundancia de dinero frente a los productos existentes, lo que provocó un alza de los precios. Para no perder su capacidad de compra, los señores subieron la renta. La constante subida de los alquileres produjo la ruina masiva de los campesinos, la que a su vez acarrió la ruina de los pequeños nobles, pues ya no les fue posible vivir de la renta de la tierra. Como resultado, se vieron obligados a vender sus tierras a los burgueses enriquecidos.

A partir de ahí nació la gran explotación agrícola. Se contrataba a campesinos empobrecidos y sin tierra, que no tuvieron otra opción que trabajar para el nuevo amo: el burgués. El capital productivo se instaló en la agricultura. Este capital, que explotaba la tierra con mano de obra asalariada, se enfrentó a los señores feudales como un agente productivo. Éstos, que subsistían de las rentas, semejaron parásitos improductivos. La nueva clase burguesa se instaló en el campo, y con ello la nobleza sucumbió en su papel improductivo.

La estudiosa joven puso nuevas notas en Facebook y se preguntó si hoy no habrá también muchos parásitos improductivos.

—Ya veo, cada vez que aparecen parásitos por montones, hay un cambio de época.

Ana Amelia asintió. La era de la nobleza con sus castillos era cosa del pasado.

—Es cierto, participó Nicolás, fue entonces cuando los príncipes o reyes más poderosos hicieron junta con la burguesía para lograr la unificación nacional con la mira de tener un mercado interno más grande.

—Me siento a cada instante más capaz de percibir el futuro, acotó Lucía. Es una sensación muy especial, como si pudiese volar por la historia revoloteando hacia el futuro. Es como sentirse muy arriba de las nubes y, además, es como si tus alas crecieran.

La joven historiadora estaba decidida a seguir volando por la historia rumbo al mundo soñado.

—Cuanto más conozcas el pasado, más lejos podrás ir en el futuro. ¿No es increíble?... Niños y jóvenes, ¿no es fascinante estudiar historia, cerró Nicolás.

“Y ahora sabio libro, ¿qué más tienes que decirme?”, pensó Lucía. Al mermar la capacidad de compra de la nobleza, el mercado de productos exóticos y suntuarios igualmente disminuyó. En su lugar, se incrementó la demanda de productos populares. La necesidad de comida, vestidos y alojamiento de la nueva clase trabajadora, estimuló la agricultura y la nascente industria. Por consiguiente, el mercadeo de productos exóticos fue sustituido por el de productos más populares, como el trigo y la papa, si bien el mercado internacional no desapareció. El azúcar, por ejemplo, dejó de ser un producto exótico

de monopolio comercial y empezó a producirse en extensas plantaciones en las Antillas y en Brasil.

No solamente en la agricultura ocurrieron cambios. La producción también cambió. Con la ruina de la nobleza, la demanda de productos finos y de alta calidad decreció. No obstante, aumentó la demanda de paños toscos y baratos para vestir a la nueva clase de trabajadores. Para elaborar productos simples no se exigía un trabajo calificado, lo que condujo a la división del trabajo. Hubo así quienes cardaban, hilaban, estiraban, ajustaban, prensaban o embalaban. Como resultado de esta división del trabajo, se confeccionaron más paños por día que los que esos trabajadores producirían individualmente.

Un producto terminado en cadena requiere menos tiempo de trabajo que uno hecho desde el principio hasta el final por un solo trabajador. Por eso, el precio de un producto industrial es más bajo que el de un artesano. Esta forma de fabricar telas se desarrolló primero entre campesinos empobrecidos, quienes de esa forma ganaban algún dinero extra. Se trató de una industria a domicilio, en la que trabajó la familia entera. Un empresario intermediario entregaba los materiales, y más tarde recogía el producto final. Se pagaba por la cantidad de piezas hechas.

“Es la misma cosa que sucede ahora con la maquila, pensó la jovencita. Mi abuelo me ha dicho que también aquí, cerca del puerto, les dan trabajo a los campesinos pobres y que les pagan mal por un trabajo hecho junto a toda la familia. No tienen día libre ni horarios para trabajar. A ver qué más dice mi libro”.

El posterior agrupamiento de estos artesanos en un mismo edificio permitió el desarrollo de la maquinaria. De este modo, concluyó el capítulo, nació

la industria capitalista. Lucía puso sus apuntes en Facebook y agregó: “Me quedo, sin embargo, con los gremios medievales. ¡Ése sí era un trabajo bonito! Era más creativo y más digno. Como señaló Ana Amelia, parecía que íbamos por buen camino con la ‘Libertad Verdadera’ y, de repente, viene otra época que mi libro llama la modernidad. ¿Qué nos sorprenderá ahora?”.

Capítulo VI

Lucía descubre una mano invisible en la historia

Lucía cumplió catorce años y, además de Nicolás y Ana Amelia, en la celebración estuvieron presentes Rubén, Paola, Andrés, Helena y Mascha, quienes se habían agregado al club de lectores. El primer tomo del libro ya había circulado en el grupo de amigos. Cada vez que se reunían, al menos parte del tiempo discutían un tema específico. Ahora les tocaba entrarle al segundo tomo que abordaba la historia más reciente, y Lucía siguió en la delantera.

“Entramos entonces al mundo competitivo”, se dijo Lucía mientras anotaba, después de haber leído parte del primer capítulo del nuevo tomo. Los inventos han sido el motor de la competencia. Hay una especie de carrera de inventos que compiten entre sí, y lo hacen libremente, es decir, sin intervenciones.

El libro explicaba que así fue durante el liberalismo del siglo XIX, y que el neoliberalismo actual retoma esa ruta. La joven no entendió mayor cosa, aunque le intrigaba saberlo. “Lograr un final feliz en una pelea de todos contra todos, no debe ser sencillo”, reflexionó. Más interesada aún, siguió leyendo.

Al rato se detuvo y recapituló, tomando notas para poner en Facebook. En las primeras industrias manufactureras era común el trabajo infantil a la par del de las mujeres. Las jornadas de trabajo eran largas y los salarios que se pagaban, miserables. “¡Pero es la misma cosa que nos cuentan de las máquinas!, meditó la lectora. Cuanto más trabaja la gente por un salario miserable, menor es el costo del producto y mejor pueden competir los empresarios. Los costos de la manufactura eran más bajos que los de la industria a domicilio. “A ver, ¿cómo es eso?”.

Las manufacturas tenían edificios rústicos, pero resistentes, y máquinas más grandes. Cada quien se dedicaba a una tarea específica, para entre todos elaborar más productos que los que elaborarían la misma cantidad de personas produciendo de manera dispersa en sus casas. El producto no se vendía según el tiempo de trabajo que implicaba. De ser así, se habría pagado más a los que trabajaban en sus casas. El producto se vendía a un solo precio. Las manufacturas percibían mayores ganancias, porque trabajaban con menores costos. La industria a domicilio no podía operar con esos precios, pues no alcanzaba ni para comer. Por eso, con el tiempo esta industria desapareció. Desde entonces las manufacturas compitieron entre sí, y los precios bajaron todavía más.

“Ya veo, la inversión en manufacturas o fábricas proporcionaba ganancias extra, mientras que la industria casera ofrecía los mismos productos con un

costo más alto”, recapituló Lucía. Con la desaparición de la industria casera, continuó explicando el libro, el costo de los productos bajó y se tornó más parejo. Como consecuencia también bajó su precio de venta. Con todo, como la diferencia entre el precio de venta y el de costo disminuyó, la ganancia se redujo. Eso acarreó la primera crisis en la manufactura.

De la lectura quedaba claro que para mantener la competencia era preciso inventar otra forma de competir. Se evidenció la necesidad de introducir mejores máquinas. En efecto, las empresas que poseían máquinas más rápidas que las de sus competidores, fabricaban un mismo producto en menor tiempo, y por tanto a menor costo. Además, cuanto más sólida era una máquina, más años podía trabajar. Y si una nueva máquina fabricaba bastantes más productos en un día que la vieja, su costo por unidad era menor que el de la máquina vieja. “Creo entender. Si una máquina nueva fabrica más del doble de los productos en un día y cuesta menos del doble por día, vale la pena comprarla”, reflexionó la joven historiadora. De este modo se estimularon los inventos y así apareció, hacia finales del siglo XVIII, la máquina de vapor, añadía el texto.

Lucía se acordó en seguida de las grandes locomotoras de ferrocarril que había visto en el museo. Eran enormes, y andaban con carbón. Las había para trenes de carga, y otras para transporte público. Se trataba de locomotoras muy fuertes, capaces de conducir hasta cien vagones. Igualmente, había máquinas de vapor en fábricas con chimeneas muy altas. Todo ello demandaba grandes cantidades de hierro para construir las máquinas, y de carbón para echarlas a andar. Se desarrolló entonces la minería de carbón y la de hierro. Fue el tiempo de la Revolución Industrial en Inglaterra, señalaba el libro. La muchacha se quedó mirando al cielo después de tanta información.

A raíz de la introducción de la máquina de vapor en Inglaterra, sobrevino una vasta expansión de empresas en varios sectores de su economía. Esta expansión requirió de numerosa mano de obra. Muy pronto, gran parte de la población inglesa trabajaba para alguna empresa. La posibilidad de reemplazar a los trabajadores en cualquier momento por otros más jóvenes, productivos o dóciles, mantuvo los salarios tan bajos, que los empleados no podían vivir de ellos. Medio mundo vivía en la pobreza. Pero esa pobreza no significaba una crisis para las empresas. Para los empresarios únicamente hay crisis cuando caen las ganancias. “Así que ellos se beneficiaban gracias a esa miseria”, suspiró Lucía no sin indignación.

Con el tiempo hubo más y más empresas, y por ello más empleo. Sin embargo, cuando la gran mayoría de la gente estuvo empleada, no fue fácil reemplazar a los empleados. Éstos trabajaban cada vez más años para un mismo patrón, y si querían cambiar de trabajo, no les resultaba tan difícil hacerlo. La consecuencia fue una mayor estabilidad laboral. Y como los empleados permanecían más tiempo con un patrón, era preferible protegerlos con el fin de que rindieran mejor en su trabajo a lo largo de los años. Primero se redujo la jornada laboral y se fijó un salario mínimo. Asimismo, se prohibió el trabajo infantil para evitar que los niños se desgastaran antes de llegar a ser adultos y se reguló el trabajo femenino. Más adelante, incluso, comenzó el seguro social. En fin, se trataba de conservar mejor al trabajador para que rindiera toda su vida activa, concluía el texto.

Para el empresario, la reglamentación del trabajo significó un alza en el costo del mismo. En realidad, la ganancia empresarial bajaba menos cuando se tenía trabajadores sanos y bien alimentados, sin embargo este resultado no era inmediato. Por eso, a medida que se amplió la legislación laboral

las antiguas manufacturas inglesas no pudieron competir con la nueva industria mecanizada, pues su única fuente de ganancias se basaba precisamente en la falta de reglamentación y en los bajos salarios. Por consiguiente, la manufactura desapareció de la competencia y sobrevivió la industria mecanizada.

“¡Ya entendí! Esta historia parece realmente repetirse. Veamos cómo se saldrán de nuevo con la suya y cómo entrarán después en otra crisis. Este asunto empieza a parecerse a una montaña rusa. Te lleva hacia arriba y luego te suelta”. Aun así, Lucía presentía que en algún lugar muy elevado al final de esa montaña rusa habría un momento tobogán que le permitiría vislumbrar el futuro.

Para elevar las ganancias, Inglaterra sacrificó su agricultura. En 1846, mediante una ley (‘corn laws’), liberó de impuestos la entrada de productos agrícolas al país. La producción agrícola en los Estados Unidos, Canadá o Argentina, por ejemplo, se realizaba en tierras muy extensas y baratas. Esta producción a gran escala era menos costosa de ahí que los granos ingleses, de mayor costo, no pudieron competir con esas importaciones baratas. Inglaterra, entonces, sacrificó su agricultura con tal de bajar los salarios en la industria textil. Y, en efecto, ésta incrementó sus ganancias, pero los campesinos se arruinaron. A esto se llama liberalismo. El resultado fue una emigración masiva del campesinado inglés hacia países de ultramar. El liberalismo, además, asestó el golpe de gracia a la nobleza. Otra vez, ésta vio disminuir sus ingresos debido a la extendida quiebra de los campesinos. El golpe no solo fue económico, también político, ya que los nobles perdieron el dominio del Congreso.

La industria textil estaba a salvo, no así la industria pesada, dedicada a fabricar la maquinaria. Esto por

cuanto las máquinas de vapor eran muy duraderas y las industrias de esa época no cambiaban tanto de tecnología. Las ventas de tecnologías no eran por tanto continuas, y al bajar las ventas, lo hacían las ganancias. El Estado inglés intervino entonces para salvar a la industria pesada. Con los impuestos del pueblo, encargó a empresas privadas la construcción del ferrocarril inglés. La minería y la industria pesada se salvaron con ello. Por otra parte, los productos agrícolas para el mercado inglés, trigo y carne sobre todo, se importaron de extensas explotaciones en países de ultramar, como los Estados Unidos, primero, y más tarde Canadá, Australia, Argentina y Uruguay. Esta importación impulsó la fabricación de grandes navíos de vapor.

Los navíos de vapor acortaron las distancias y disminuyeron los costos del transporte. Cada vez más Inglaterra exportó productos industriales al mundo e importó materias primas (cobre, salitre, estaño...) y productos agropecuarios (café, algodón, tabaco, carne, trigo...), de modo que el comercio internacional adquirió enorme auge. El imperio inglés logró imponer la política liberal de la apertura de los mercados en los países coloniales, no así en los europeos ni en los Estados Unidos. Estas naciones tenían el poder suficiente para proteger su industria, protección que representaba la única garantía para la sobrevivencia de su capital. “Entiendo. Los países sin poder suficiente para protegerse, nunca pudieron desarrollar su industria”, concluyó Lucía.

Alrededor de 1875, dos terceras partes de la población activa de los Estados Unidos, Alemania, Holanda, Bélgica y los países escandinavos, se hallaban en la misma situación que Inglaterra. Esto es, las crisis causadas por la reducción de los beneficios ocurrían cada vez más en los países nórdicos. Y la respuesta a las crisis fue la libre

importación agrícola. De esta forma los costos de la canasta básica de la clase obrera bajaron, y con ello los salarios, de modo que la ganancia industrial subió de nuevo. En el sur y en el este de Europa, en cambio, la agricultura permaneció protegida. La política liberal penetró ahí más tarde, y el capital y la relación salarial se expandieron con relativo atraso. Por eso, las migraciones a ultramar desde el sureste de Europa acontecieron tardíamente.

Ahora bien, a partir de 1875 el costo laboral creció sin cesar en las principales potencias. Aumentó la demanda de trabajadores con más educación. Esto incidió en la generalización de la educación escolar y en la prolongación de los años de escuela. La posibilidad de reemplazar a los trabajadores mejor preparados se tornó más difícil que reemplazar fuerza de trabajo no calificada. Al reducirse la capacidad de reemplazo e incrementarse el costo laboral con la educación, se introdujo el seguro social en esas potencias. Y otra vez, la ganancia declinó.

—¡Esta historia parece no tener fin! La montaña rusa atraviesa siempre más países... Se está haciendo gigantesca. ¿Hacia dónde nos llevará todo esto? Chicos, ¿habrá un momento en el que podremos ver en el futuro?”, se preguntó la muchacha en Facebook.

—Esto se descarrilará en algún momento, afirmaron Paola y Rubén, quienes entraron casi simultáneamente.

—Siento que la ganancia sube y baja y pareciera un movimiento sin fin, escribió Ana Amelia.

—Creo que por esta vía podremos detectar cómo se acaba todo esto y, definitivamente, al final el trencito se descarrilará, indicó Nicolás, concordando con las dos afirmaciones anteriores.

Debido a esta disminución de la ganancia, la inversión buscó abandonar el campo productivo, continuaba el libro. Esto significa que en vez de invertir en la producción de un cierto país y estimular así el crecimiento de su economía, se procuró un nuevo reparto de los mercados ya existentes. “Creo entender. Dejaron de hacer más pastel para repartirse el que ya existía entre los más grandes”, reflexionó y apuntó Lucía. Las inversiones, por tanto, apuntaron a comprar o a unir empresas ya existentes. De esta manera surgió el llamado capital monopólico, que obtuvo su ganancia acaparando mercados a costa de las empresas menores. “¡Ves!, la ganancia se logra acaparando un trozo mayor del pastel existente”, se dijo nuestra joven investigadora. Muchos obreros perdieron sus empleos, lo que originó una nueva ola de emigración. Solo que en lugar de campesinos sin tierra, ahora emigraron obreros sin trabajo, indicaba el texto.

Este reparto del mercado ya existente aconteció más allá de las fronteras de las principales potencias. No obstante, el capital monopólico de cada potencia no se enfrentó con sus contrincantes de forma directa, en razón de que todas ellas instauraron el proteccionismo industrial en sus respectivos territorios. La batalla por el mercado mundial se libró en las periferias. Los ferrocarriles habían abierto los mercados internos de las grandes potencias y los buques de vapor habían tendido puentes entre los continentes. La próxima etapa buscó abrir el mercado interno de los países periféricos. Con tal fin, empresas extranjeras construyeron ferrocarriles en esos países, se instalaron empresas productivas a lo largo de las líneas férreas y se crearon bancos privados para financiarlas. Como los costos laborales eran aquí más bajos, las ganancias resultaban mayores. Lucía puso un nuevo resumen en Facebook.

—Es verdad, entró Helena, aquí construyeron el ferrocarril y a lo largo y ancho aparecieron grandes empresas bananeras.

—Sí, asintió Andrés, y el ferrocarril no se construyó para integrar la economía de nuestro país, sino para sacar el producto lo más rápido posible.

—Esto pasó en toda América Latina y el Caribe, añadió Nicolás.

Para evitar la competencia con otras potencias, siguió el libro, era preciso poseer derechos exclusivos sobre el mercado en determinados países periféricos. Esto solamente se aseguraba con su control físico y militar. Las potencias con viejas colonias, como Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda, tuvieron ventajas en este reparto del mundo. Los Estados Unidos, por su parte, disponían de suficiente espacio interno para colonizar su propio interior. Alemania y Austria, en cambio, llegaron tarde al banquete. Para ellas, un nuevo reparto del mundo implicaba ir a la guerra. De ahí la llamada Primera Guerra Mundial. Las economías en conflicto directo (Alemania, Austria, Francia, Bélgica), sufrieron fuertes pérdidas económicas. Países más alejados del conflicto (como los Estados Unidos, Japón, pero también Argentina o Uruguay), experimentaron, gracias a la guerra, prosperidad económica. Con la guerra, además, los países latinoamericanos y caribeños, acostumbrados a importar manufacturas europeas, se vieron urgidos a desarrollar su propia industria.

Durante la guerra, por otro lado, Rusia tuvo muchos muertos y en lo económico fue el país que más sufrió. El ejército ruso logró vencer al alemán. Luego sobrevino una guerra interna, la cual culminó con el derrocamiento del zar. A raíz de este hecho, los Estados Unidos se negaron a negociar la paz con

Alemania y con Rusia y les declararon la guerra. La economía rusa estaba por el suelo y Rusia respondió rehusándose a pagar su deuda externa. El país, entonces, se aisló de las economías de mercado y tuvo que salir a flote solo. En esta coyuntura se declaró socialista, lo que significa que en lugar de orientarse por la economía de mercado, se volcó hacia una economía planificada. Nuestra historiadora se quedó mirando los árboles.

—Fue aquí, entonces, cuando se buscó un camino hacia Utopía. ¿Qué piensan ustedes, queridos amigos?, escribió en Facebook.

—Sí Lucía, pero si entiendo bien, este camino ya murió, señaló Paolo.

—Es verdad, siguió Helena, pero habrá otro camino y de los errores se aprende.

—Sí, aprendamos de los errores y así tal vez nos llegue la luz, entró Nicolás.

—Veamos si el libro nos muestra el camino recorrido y por qué no dio resultado, terminó Andrés.

Después de la Primera Guerra Mundial, el reparto del mundo continuó, leyó Lucía. Ese reparto favorecería a una potencia mundial: los Estados Unidos, la que más se benefició con la guerra. En efecto, a los países beligerantes les llevó más de diez años alcanzar el nivel económico que tenían al inicio de la guerra. El capital estadounidense, en cambio, financió el proceso de industrialización interno en América Latina y el Caribe, lo que le permitió interrumpir las importaciones de manufacturas provenientes de la competencia europea. O sea, los Estados Unidos triunfaron, mientras que las viejas potencias perdieron terreno.

Por otra parte, los Estados Unidos fueron el principal prestamista de la deuda contraída por los países europeos beligerantes. Hacia finales de los años veinte, los estadounidenses subieron los intereses bancarios. Alemania y Austria, que debían indemnizaciones como consecuencia de la guerra, carecían de condiciones para pagar su deuda. Numerosos bancos alemanes no pudieron cumplir con las obligaciones y quebraron, y Alemania suspendió el pago de su deuda. De ese modo, este país liberó dineros con los que comenzó a rearmarse para otra guerra.

Pero los bancos estadounidenses no prestaron apenas a los países foráneos. Hubo asimismo una ola de préstamos al consumidor nacional orientados a la compra de autos, electrodomésticos, equipos de sonido. A este sector lo llamaron la “nueva economía”. Debido a sus elevados precios, la compra sin crédito de tales productos resultaba casi imposible. Entre 1919 y 1929, el crecimiento de las ventas en la nueva economía fue espectacular. Las ganancias de las empresas de ese sector se dispararon, por lo que todo el mundo quiso comprar papeles que daban derecho a esas ganancias. Esos papeles son las acciones, y se venden en la bolsa de valores.

El crédito a intereses bajos permitió la compra masiva de acciones, que solo se invertían en la propia bolsa. No se compraba para invertir en una empresa, sino para participar en la ganancia en la bolsa. Y, ciertamente, el alza incesante del precio de las acciones prometía ganancias seguras.

—Según entiendo, lo que se compraba por poco dinero se podía vender después más caro. Es una forma de hacerse rico sin trabajar, escribió Lucía en Facebook.

—A eso se le llama especulación, precisó Nicolás.

Es una cuestión difícil, sin embargo nuestros jóvenes la entendieron.

—Es como creer que podemos comer un gran pedazo de un pastel imaginario, sin que nadie trabaje en la cocina, entró Ana Amelia.

—De esa forma, agregó Andrés, nadie va a comer pastel.

Para frenar esta especulación, los bancos subieron los intereses. Los aumentaron más del doble. Comprar a crédito se hizo más costoso y, como consecuencia, las ventas de autos y electrodomésticos se redujeron. Numerosas empresas experimentaron una enorme caída de las ganancias y hasta pérdidas, lo que a su vez hizo caer el precio de sus acciones. Cuando la caída del precio de las acciones es muy grande, se dice que hay crisis en la bolsa de valores. Eso pasó en octubre de 1929. Los bancos no pudieron pagar, y los que habían prestado mucho dinero, no pudieron recobrarlo y quebraron. La quiebra de la banca y de las empresas provocó gran desempleo. Una cuarta parte de la población estadounidense perdió su trabajo.

—¡Chicos, es como la actual crisis!, escribió Lucía.

—El desempleo de hoy no tiene nada que envidiar a lo que fue en ese entonces, planteó Andrés.

—Creo que el que se da en España y Grecia, anotó Paola, incluso es peor que en aquel entonces.

—De ser así, intervino Nicolás, podemos esperar una quiebra de bancos más catastrófico que en aquel momento... Ya veo descarrillar el trencito.

De acuerdo con el texto, Los Estados Unidos representaban en ese momento un tercio del mercado mundial. Luego, el bajón en su economía golpeó a la economía mundial. Esto dificultó la venta de productos, de ahí que para poder exportar, todos los países redujeron el valor de su moneda. A eso se llama devaluación. Cuando un país devalúa su moneda, sus productos se tornan más baratos para los demás países. Y como muchos países devaluaron su moneda, hubo una caída de los precios a escala mundial. A esto se lo designa como deflación. El comercio internacional se redujo a tres cuartas partes del anterior a la Primera Guerra Mundial. El único país cuya economía creció en medio del generalizado estancamiento fue la Unión Soviética, debido a que su economía era planificada. Su producción industrial se duplicó entre 1923 y 1930, y de nuevo desde ese año hasta 1940. “Tan mal no arrancó entonces esa avenida hacia Utopía”, anotó Lucía.

La depresión económica originó la intervención central del Estado en la economía capitalista. El ejemplo lo tomaron del éxito de la economía soviética, y donde primero ocurrió fue en Alemania y en Italia. El ferrocarril, el sistema postal, la telefonía y las carreteras en poder del Estado, fueron el resultado de las fuertes pérdidas sufridas por las empresas privadas. La intervención estatal fue necesaria para salvar la economía de mercado. En los países latinoamericanos y caribeños, esa nacionalización aconteció después de 1945.

Solo que en Alemania, el nacionalismo intentó salvar a una única nación. La salvación de la única “nación elegida” se concibió a expensas del resto del mundo. Se trató de la tentativa de un nuevo reparto del planeta mediante la guerra. Alemania creyó que al ganar la guerra se colocaría por encima de los demás países. Y llegó entonces la Segunda Guerra Mundial.

Pero el gran perdedor fue otra vez Alemania. Además, la guerra achicó el mundo capitalista y agrandó el bloque socialista. No obstante todos perdieron, pues el mercado se contrajo en el momento en que esas economías estuvieron en crisis.

—¡Obvio! ¡Se comieron el pastel! ¡Se lo tragaron todo!, escribió Lucía.

—¡No hay otra opción que volver a trabajar en la pastelería!, introdujo Paola.

—Veamos si esos comelones son aún capaces de trabajar, comentó Lucía.

Capítulo VII

Lucía y la montaña rusa hacia el mundo soñado

Lucía disponía desde hacía un tiempo de su propia computadora y hasta en la montaña podía trabajar con Internet. La red de amigas y amigos en Facebook ahora era grande. Comprendía gente de varios colegios, e incluso amistades de familias cercanas que vivían en el exterior. Algunos colegas habían bajado de Internet el libro que estaban leyendo en grupo en el colegio de Lucía. Se trataba de un verdadero club de amigos y amigas de la historia.

Nuestra coordinadora del club de historiadores estaba más entusiasmada que nunca con la lectura del libro. Del nuevo capítulo, a Lucía le quedó claro que del anterior reparto del mundo, que duró medio siglo y concluyó con la Segunda Guerra Mundial, no se benefició nadie. Para ella no había dudas, y así lo consignó en sus apuntes, de que con un pastel

cada vez más chico la fiesta se acababa. La única alternativa era retornar a la pastelería y hacer más pastel. En palabras del libro, era hora de que en cada país la inversión regresara a la esfera de la producción. “O sea, era hora de cada nación hiciera pastel”, pensó la muchacha. Y en efecto, según el texto, con el propósito de estimular aquel retorno se reprimió la inversión no productiva y se controló la especulación. Sin embargo, añadía, el gran capital únicamente regresará al ámbito productivo si obtiene un beneficio interesante. “Ya veo; no harán pastel si no les queda una buena tajada”.

El economista inglés John Maynard Keynes, propuso una fórmula para regresar la inversión al ámbito productivo. Él habló de una demanda efectiva, algo que para Lucía no resultó fácil de entender. Se trataba de conseguir que la demanda de productos se repitiera más a menudo, lo que permitiría realizar más ventas en un tiempo fijo y así lograr la ganancia a una velocidad mayor. ¿Cómo alcanzarlo? La fórmula mágica revelada por el libro consistía en acortar la vida media de los productos. Hasta la crisis de los años treinta, la vida media de los bienes de consumo duradero fue relativamente larga. Así por ejemplo, los autos, electrodomésticos y equipos de sonido tenían una larga vida útil. Si la vida útil de esos productos se reduce digamos a la mitad, la velocidad con que se venden y se obtienen las ganancias, se duplica. Cuando se duplica la ganancia de una inversión, también se duplica el porcentaje de ganancia de esa inversión. Se dice entonces que la tasa de ganancia se duplica, explicaba el libro.

Desde la Segunda Guerra Mundial, se redujo asimismo la vida media de los llamados bienes de equipo. Debido al acortamiento de la vida media de las tecnologías, las empresas tuvieron que buscar tecnologías nuevas y más competitivas. Terminó de

este modo la era de las edificaciones y máquinas duraderas. Hasta la guerra, la vida media de los edificios osciló entre los cincuenta y los cien años. Veinticinco años después, rondaba los treinta y cinco, vale decir, la mitad. La longevidad de la maquinaria era todavía más corta. Al iniciarse el nuevo milenio, la vida media útil de los edificios y las maquinarias en los Estados Unidos era de siete años, y en Japón apenas de cinco.

Con la reducción de la longevidad de las cosas, aumentaron las ventas y subió la tasa de ganancia. La meta era obtener dinero lo más rápidamente posible, y para lograrlo las cosas debían durar cada vez menos tiempo. Luego, la espiral para ganar dinero se aceleró, pero a costa de la naturaleza. Porque esa espiral demanda un uso mucho más intensivo de los recursos naturales. La deforestación es apenas una expresión de ello. La contaminación del aire y del agua es alarmante. Surgen montañas crecientes de desechos. Vivimos en una era de derroche, afirmaba el capítulo. “¿Y a eso lo llaman desarrollo? Estamos destruyendo la vida en la tierra con el único afán de hacer más dinero. ¡Este desarrollo es insostenible!”, anotó Lucía en Facebook. Hubo muchas reacciones de los jóvenes conectados, quienes a coro expresaron su indignación. Hemos de organizarnos en defensa de la naturaleza. “¡Organicémonos!”, escribieron otros.

El libro explicaba muy bien por qué en los países industrializados se acorta la vida media de los productos. Con todo, si tenemos en cuenta la moda e introducción de productos desechables, vemos que la vida media de los productos podría llegar a ser casi cero, al no usarlos, por ejemplo. Cada vez hay más cosas que no se usan. “¡Qué raro es este mundo! Aunque hay más y más pasteles, se hacen con una vida muy corta, e incluso para botarlos. No importa

botar los productos, lo importante es ganar más. ¿Y a esto se llama bienestar?”, escribió horrorizada la joven. Esto es malestar, y siempre peor, coincidió el grupo. Algunos, sin embargo, afirmaron que muchos jóvenes no somos diferentes, y queremos el celular de última moda. Concordaron en este punto y en que para cambiar el mundo, ellos mismos tenían que empezar a cambiar.

Cuando la vida media de las cosas se acorta con mayor rapidez que el crecimiento de la población, continuó la lectura, el producto en dinero de una nación crece a mayor velocidad que su población. Esto explica la incorporación de más mujeres al empleo remunerado. Cuando éstas ya no bastaron, se trajeron inmigrantes para satisfacer la demanda de trabajadores. El resultado fue que, en general, la capacidad de reemplazo de la fuerza de trabajo disminuyó. Con eso, la seguridad económica y social aumentó y apareció el llamado Estado Benefactor, indicaba el libro. “¡Ya entendí! Hay pueblos donde ese Estado Benefactor no llegó, y mucha de su gente emigró. ¿Qué pasó, señor historiador, por qué a veces la receta no funcionó? ¿Acaso no les gustó el pastel con frutas tropicales?”

Los países exportadores de productos agrícolas, en cambio, como fue el caso de los latinoamericanos y caribeños, no vieron crecer con rapidez sus exportaciones, siguió leyendo Lucía. Y es que la demanda externa de tales productos, cuya vida media no podían acortar, dependía del crecimiento de la población en el Norte. Estos países, además, tuvieron que importar productos industriales, y sobre todo tecnologías. En la medida en que la vida media útil de éstas se acortó, su importación se incrementó a velocidad creciente. De esta forma se aceleró la velocidad con que se hacía dinero en el Norte industrializado, donde hubo una demanda siempre mayor

de trabajo. Todo lo contrario del Sur, donde la inseguridad económica y social ha sido permanente. El incremento de sus importaciones, sumado a la débil evolución de sus exportaciones, desembocó en la aparición de la deuda externa en los países del Sur.

Ahora bien, el capital más fuerte perseguía un nuevo reparto del mercado a escala mundial que lo favoreciera. Para lograrlo, no debían existir fronteras ni barreras para las mercancías ni el dinero de las empresas transnacionales y financieras. La llamada política neoliberal se propuso la eliminación de tales barreras. Esa política exigía la construcción de un único mercado global. Este proceso se designó como globalización. “La cena del pastel mundial le permite a los grandes acaparar una tajada mayor a costa de las mayorías. Los más pequeños quedan excluidos de este banquete”, escribió la joven en Facebook.

Lucía permaneció reflexionando acerca de cómo esas empresas podrían acaparar una tajada cada vez mayor del pastel mundial. Según el libro, la deuda externa de los países de América Latina y el Caribe brindaba la clave para entenderlo. Estos países, efectivamente, fueron forzados a abrir sus fronteras a la producción transnacional. En caso de no hacerlo, no recibirían más créditos. A la muchacha le chocó que los países centrales, por el contrario, protegieron sus propios mercados. De manera especial protegieron el mercado agrícola con toda clase de subsidios. Conforme avanzó el neoliberalismo, el proteccionismo agrícola de los países poderosos fue más evidente. Lucía se preguntó entonces cómo las transnacionales acapararon el mercado latinoamericano y caribeño.

De acuerdo con el libro, en estos países los productos transnacionales sustituyeron a los nacionales. “¡Claro, por eso en los supermercados no se

precisa andar con una lupa para encontrar productos transnacionales! Más bien, habría que usarla para tratar de encontrar productos nacionales”, pensó la joven. Como resultado, innumerables industrias nacionales han cerrado y muchas personas han quedado desempleadas, agregaba el libro. Las transnacionales, cuyas oficinas principales se ubican mayormente en los países centrales, son entonces los únicos ganadores en este reparto. Sus inversiones no promueven el crecimiento económico. Por eso, hoy se habla de un consumidor del Sur desempleado o subempleado y sin mayores ingresos.

La privatización de las empresas estatales y su compra por parte de las transnacionales, ha sido otra forma de acaparar mercados con productos, servicios y clientela ya existentes. Empresas con estas características han pasado de manos públicas a manos privadas, lo que ha implicado una mayor concentración del mercado. Hacia fines de los años setenta del siglo pasado, las ventas de las transnacionales más grandes equivalían a la cuarta parte del producto o ingreso mundial. “Quiere decir que esos comelones se comían una cuarta parte del pastel mundial”, apuntó nuestra investigadora. Veinte años después, sus ventas alcanzaron la mitad de tal producto y el ochenta por ciento del ingreso mundial, así como la totalidad del ingreso generado a escala mundial por la industria. “¡Así que esos comelones se tragaron la mitad del pastel mundial en cuestión de años!”, anotó indignada Lucía en Facebook.

En estas circunstancias, de acuerdo con el libro, no debe extrañar que tal como ocurrió en los lejanos años veinte del pasado siglo, muchos quieran ser copropietarios de esas empresas, comprar acciones de esas empresas ganadoras. La consecuencia ha sido que el precio de venta de esas acciones sube continuamente. Al igual que entonces, la gente no

compra acciones de una determinada empresa con la finalidad fundamental de invertir en ella, sino para venderlas con ganancia en un futuro cercano.

El libro señalaba a continuación que cuando la inversión abandona la producción, el crecimiento económico pierde ritmo. La joven captó bien que si se invierte para obtener una tajada mayor del pastel existente, se deja de invertir en hacer pastel. El texto planteaba que desde los años setenta, el crecimiento económico ha bajado en Occidente. Si este crecimiento se estanca, la acumulación de dinero depende siempre más de la apropiación de la riqueza existente. Y como las transnacionales ya acaparan más de la mitad de este mercado, la apropiación de un nuevo trozo se vuelve más dura. “¡Esto me huele a pelea!... Pienso que se van a pelear por una tajada más grande de pastel, como unos chiquillos!”

En un mundo sin crecimiento y con buena parte del mercado repartido, cualquier intento de seguir adelante implicará un enfrentamiento más directo entre las principales potencias, explicaba el libro. Esto porque cualquier nuevo reparto del mundo afectaría a transnacionales de una potencia o de otra. Hasta algunos años atrás, las potencias promovieron tal reparto mediante acuerdos multilaterales internacionales. Ahora, sin embargo, en lugar de esos acuerdos se asiste a confrontaciones verbales. Éstas acontecieron por primera vez en 1998, en una reunión de los países ricos celebrada en París. Desde entonces, han sido más los conflictos que los acuerdos.

En medio de las disputas y los desacuerdos entre las principales potencias en torno al reparto del mercado mundial, nació el movimiento social contra la globalización. Mientras las principales potencias se pelean por el reparto del mundo y cuestionan que se oriente en una u otra dirección, con mucha más

razón los pueblos cuestionan tal reparto. En este contexto surgió el primer Foro Social Mundial, que en enero de 2001 reunió organizaciones del mundo entero. Ahí emergió el grito de que “Otro Mundo es Posible”. Una nueva utopía saltó a la vista, si bien aún no estaba muy claro a qué mundo se aspira. El Foro se ha seguido reuniendo aproximadamente cada año, y han aparecido foros continentales y nacionales. Por tanto, el movimiento social mundial no ha dejado de crecer. Muchos jóvenes del club reaccionaron al aparecer estas notas en Facebook. El próximo libro que compartamos debería ser sobre otro mundo posible. No tardaron en estar todos de acuerdo.

Debido a estos desacuerdos, argumentaba el texto, el reparto del mundo es mantenido a la fuerza por una determinada potencia. El derribo de las Torres Gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001, le permitió a los Estados Unidos declarar la guerra contra el terrorismo. Esta guerra ha servido como instrumento para proseguir el reparto del mercado mundial. La batalla por el mercado ha adquirido así un carácter ideológico y militar. La vida de la humanidad entera se subordina a la vida o muerte de las transnacionales del Nuevo Imperio. Los Estados Unidos aparecen como la nación imperial. Hacia adentro, se visualiza como la nación elegida. Y la nación imperial recurre a la economía de guerra para imponer su voluntad. “¡Esto parece una película de terror”, exclamó Lucía, quien sintió un poco de miedo de seguir leyendo.

Para una nación, la economía de guerra supone armarse y aventurarse en una guerra. Cuanto más solitario se halle un país en esta misión, menor será su capacidad de compartir los gastos militares con otras naciones. Este aislamiento lo sufrieron los Estados Unidos en el Consejo de Seguridad de

las Naciones Unidas en el año 2003, cuando planearon su invasión a Irak. Por supuesto, una carrera armamentista solitaria conlleva gastos muy elevados. Si no hay posibilidades de transferirlos a terceras naciones, la guerra puede llevar a un país a la ruina. Durante la Guerra Fría, la Unión Soviética se desplomó por esta razón. Con un producto interno que alcanzaba apenas un tercio del estadounidense, no pudo asumir el mismo gasto militar que los Estados Unidos. Los gastos bélicos le restaron tanto estímulo a la economía civil, que ésta entró en crisis. De esta manera, se entiende por qué el bloque socialista colapsó. Los jóvenes conectados manifestaron no entender bien esta parte y que debería leerse más acerca de este tema. Algunos de ellos se comprometieron a buscar materiales.

A través de la economía de guerra, los Estados Unidos han intentado acaparar una parte mayor del mercado mundial. No habiéndolo logrado, y enfrentando el consiguiente gasto militar, el país se encuentra al borde de una crisis de enormes proporciones, leyó Lucía. Para llevar adelante la guerra, la nación se ha endeudado como ninguna otra. Hasta ahora, este endeudamiento lo ha podido financiar gracias al hecho de que el dólar es la moneda universal. Los demás países, pagan el petróleo y guardan sus reservas en dólares.

Esta gran demanda de dólares le permite a la mayor potencia estar endeudada con el mundo entero. Pero esto tiene límites. La confianza en el dólar se está perdiendo y esta pérdida desembocará en una gran crisis que no solamente afectará a los Estados Unidos, sino también a todo el mundo. Este momento está más cerca de lo que muchos creen, sostenía el libro. Lucía tuvo la sensación de estar presenciando un momento de cambio en la historia. Le pareció que la montaña rusa se estaba acabando y presintió que

se hallaba muy cerca de Utopía. Muchos del grupo coincidieron en que era extraño que el tren tuviera que descarrillar primero, para poder ver por dónde ir.

Capítulo VIII

Lucía logra entrar al mundo soñado

El grupo de lectura de historia se agrandó aún más. Ya habían avanzado bastante en el segundo tomo del libro. Después del recorrido a través de los tiempos, Lucía se sentía libre y con imaginación para soltarse de la historia y mirar hacia el futuro. Reanudó la lectura con mucha esperanza, pues presentía un futuro mejor.

El libro aclaraba que continuar con el reparto del mundo supondría confrontaciones entre las grandes potencias. Para éstas, el neoliberalismo pareciera significar que el mundo se abre para ellas, pero no para las demás naciones. Como el mercado mundial se encuentra relativamente repartido en el Sur, un nuevo reparto implicará una mayor confrontación

entre los países del Norte. Y ya no hay acuerdos entre ellos sobre el reparto del mercado mundial. Lo que existe es una política de anexión de territorios a los distintos bloques económicos. La Unión Europea por ejemplo, se amplía hacia el este, en tanto los Estados Unidos pretenden anexarse América Latina y el Caribe.

“Ya veo, los grandes quieren comer más pastel y para ello evitan al máximo que los otros coman un trocito del que les toca. Esta fiesta no puede durar mucho tiempo, porque pronto no habrá pastel para nadie”. La posición proteccionista e intransigente de una determinada potencia provoca reacciones en otras naciones, agregaba el libro. De este modo, debido a las políticas de desarrollo soberano que se gestan en el Sur, la tentativa de incorporación de la región latinoamericana y caribeña como un todo al mercado estadounidense mediante el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) no ha prosperado de manera significativa. Como respuesta, Bolivia, Ecuador, Venezuela e incluso Brasil y Argentina, por ejemplo, reivindican el desarrollo interno y su soberanía nacional. De ahí que los Estados Unidos procuren forzar a las otras naciones a firmar acuerdos bilaterales y a aislar a los países que se oponen a aquella incorporación.

La mencionada política de anexión estimula posiciones soberanas no solo en el Sur, también en el propio Norte, consignaba el libro. Ello porque todo acuerdo entraña hacer concesiones, incluso para una potencia. Solo que en un mundo cada vez más excluyente, disminuye la voluntad de las potencias de realizar concesiones, lo que favorece posiciones más nacionalistas. El camino de los acuerdos, entonces, no parece prosperar. En tal contexto, una política de intervención armada tampoco resulta

plausible. En fin, que el nuevo escenario conlleva un elevado costo económico y suscita el crecimiento de los movimientos sociales, los cuales apuntan a recuperar la soberanía nacional del Sur. Por eso, las posibilidades de que en el futuro haya naciones que se aparten del proceso de globalización, son siempre mayores.

—Presiento que a la era de la competencia se le está agotando el tiempo, consignó Lucía en Facebook.

—El “sálvese quien pueda” ni siquiera salvará a los gigantes, indicaron algunos lectores.

—Me parece que no quedará otra opción que ingresar a una nueva era con una solidaridad obligada, opinó Ana Amelia.

Lucía se sentía ya en la puerta de entrada a Utopía. “A ver qué dice mi querido libro sobre ese portón dorado”. Una alternativa al neoliberalismo será más profunda cuanto mejor responda al problema principal del sistema vigente, leyó. “Quiere decir que existen varios portones”, reflexionó la joven. Para poder dar con tal alternativa, se requiere que esa contradicción principal se torne visible. “¡Esto sí que se pone misterioso! Y ¿cómo doy con esa puerta secreta?”. Ella únicamente se revela en el propio intento de abordarla, acotaba el libro. “Entonces, solo se dilata”. Lucía estaba emocionada.

Según el libro, ya no es posible volver al pasado e invertir en el ámbito productivo. “No existe, por consiguiente, una vía para regresarse... ¡Adelante pues, hacia Utopía!”, exclamó la muchacha. Sabemos que tanto el acortar la vida media de la tecnología como el alargarla, reducen la ganancia. “¡Se trata de un verdadero callejón sin salida! ¿Y cómo se sale de

él?”, apuntó en Facebook. Buscando solucionar esa contradicción, el capital, hasta ahora, ha socializado los costos de la innovación y el desarrollo tecnológico mediante crecientes subsidios estatales. Al mismo tiempo, ha privatizado los beneficios por la vía de la apropiación de los derechos de propiedad intelectual.

—Es verdad, intervino Nicolas, actualmente las poblaciones indígenas pagan por sus medicinas, porque su conocimiento milenario les ha sido expropiado.

—¡No es justo!, éste es un derecho que les pertenece, entró indignada Paola.

Esta salida parasitaria podría brindar una solución en el corto plazo, prosiguió el libro. Al alejarse del ámbito productivo y vivir de una renta monopólica sobre el conocimiento, la clase capitalista se vislumbra como parasitaria. Ella se beneficia exclusivamente de este monopolio, adquirido con fondos públicos y a costa de los ingresos en la esfera productiva.

—¡Es como en los tiempos de los señores feudales!, apuntó Lucía.

—Ciertamente, concordó Andrés, en ese entonces vivían de una renta en dinero por el mero hecho de tener el monopolio sobre la tierra.

—Los señores se apartaron de la producción y quedaron fuera de juego, agregó Lucía. Con la ruina de los campesinos, efectivamente, los señores perdieron el derecho exclusivo sobre la tierra la tierra por cuanto ésta pasó a manos de la naciente burguesía. Con ello perdieron entonces su lugar

dinámico en la historia, que ahora sería ocupado por la burguesía.

El capital productivo se ha trasladado a los países de ingresos más bajos, y en primer lugar hacia China, siguió leyendo y anotando en Facebook. Los chinos, sin embargo, no solo condicionan la entrega de materias primas a empresas transformadoras a que éstas inviertan en su territorio, sino que además les exigen la transferencia del conocimiento tecnológico. “¡Bravo, bravo!, así se habla. Es justo que el conocimiento sea de toda la humanidad y compartido por todos”. Y como las innovaciones tecnológicas suelen darse en los países donde ocurre la producción y no en laboratorios desvinculados de ella, añadió el texto, más tarde o más temprano emergerá la lucha para que el conocimiento sea patrimonio común de la humanidad.

“Sin embargo, ¿no se saldrá de nuevo el capital con la suya?, se preguntó Lucía. A ver, libro querido, no me falles ahora”. Podríamos imaginarnos un nuevo keynesianismo, aunque esta vez a escala mundial. Esto significaría volver a levantar a las economías regionales en el mundo entero, solo que con los llamados ‘países emergentes’ en posición de relativa ventaja. Según explicaba el libro, se trata de Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, los BRICS. Esta salida, con todo, supone elevar antes el crecimiento económico en cada región y cada país. “Es decir, que en lugar de comerse el pastel ajeno hay que regresar a la pastelería. Pero, ¿cómo lo harán?”.

De acuerdo con el texto, el desarrollo tecnológico ha llegado a sus límites históricos dentro del sistema en que vivimos. Acortar la vida media de la tecnología implicaría un descenso de la tasa de ganancia, mientras que alargarla iría en función del Bien Común de la humanidad. Habría mayor espacio

para la naturaleza, y disminuiría la contaminación de los ríos y del aire, al igual que los desechos. Es la oportunidad y necesidad histórica de subordinar el interés privado al interés de la vida de todos y de la naturaleza. En nombre del Bien Común, se enfatizaba, hay que prolongar la vida media de los productos en general y de la tecnología en particular. La joven resumió esto en Facebook. “Espero que no haya trampas”, reaccionó Ana Amelia.

A Lucía le pareció que cruzaba el portón de oro que daba entrada al mundo soñado. Estaba emocionadísima. “¡No lo puedo creer! Mi libro, cuéntame cómo se vivirá en los países del Sur”. En estos países se hallan las cada vez más escasas materias primas que demandan los países del Norte. Y las materias primas más estratégicas se concentran todavía más en el Sur en general y en América Latina en particular. Los países productores de esas materias primas, en vez de permitirle a las potencias del Norte llevarse las materias primas en bruto, deberían exigirles que instalen sus fábricas en ellos. China impone esta condición para ciertos metales magnéticos muy importantes para la tecnología verde y moderna. Exige incluso la transferencia tecnológica de las empresas transnacionales a las nacionales. “¿Y qué hacemos en nuestro continente?”, se preguntó Lucía.

En América Latina, continuaba su libro, está en marcha un proceso de integración. La integración es una condición necesaria para poder fijar cuotas a la exportación y condiciones a las empresas foráneas. China establece cuotas para la exportación de materias primas estratégicas, y lo mismo podría hacer una América Latina unida. Por ejemplo, la región alberga el 90% de las reservas mundiales de litio, fundamental para las baterías de los autos eléctricos. Bolivia, Argentina y Chile, que poseen las mayores reservas, acordaran que su litio no vaya en bruto al

Norte sino que se instalen fábricas en estos países, que no solo produzcan baterías ni autos eléctricos privados cada vez más desechables, sino autobuses eléctricos duraderos, se lograría romper con la racionalidad económica tanto en el continente como en el mundo entero.

China ha manifestado querer entrar en esa lógica con América Latina. De esta forma gozaría de privilegios por sobre las potencias occidentales. A éstas no les quedaría otra opción que apuntar a productos más duraderos y colectivos. Lucía permaneció muda e impactada.

—De modo que en América Latina tenemos la sartén por el mango, escribió en Facebook.

—Eso siempre y cuando nos unamos, replicó una colega de España.

Nuestra incansable investigadora quería entender mejor las consecuencias de alargar la vida de las cosas producidas o darles un uso más colectivo, así que volvió a la lectura. Si se tuviese menos acceso a los recursos naturales, sería preciso alargar el ciclo de vida de los productos en el Norte. Con ello disminuiría el producto anual necesario, pues mientras el acortamiento de la vida media de los productos acelera la maquina de hacer dinero, con su alargamiento habría crecimiento negativo en términos de dinero. Aunque esto le resultó difícil de captar a la joven lectora, siguió leyendo.

Por ejemplo, si en los países centrales se duplicara la vida media de los productos, las ventas se reducirían a la mitad. Algo parecido sucedería si se los productos fueran más colectivos y menos individuales. Al solo vender la mitad, la ganancia sería la mitad que antes. No obstante, el bienestar

genuino de la gente no disminuiría. Lo que se reduciría a la mitad sería el ingreso. Sin embargo, con la mitad del ingreso y del trabajo, la población dispondría de los mismos productos. Y al disfrutar de artículos más duraderos y de mejor calidad, habría más tiempo libre para realizarse como persona. Otro tanto ocurriría si se fabricaran más productos y servicios para la comunidad y menos para individuos. La humanidad gozaría entonces de más tiempo libre. A Lucía le pareció estar tocando tierra milagrosa y se sintió privilegiada. En los colegios tendrían que dar clases de cómo vivir mejor, de cómo realizarse como persona, y menos materias en función de trabajo y más trabajo, apuntó en Facebook.

Ciertamente, en la medida en que lográramos conservar mejor las cosas, habría menos riquezas en términos de dinero. Aun así, el bienestar de la gente sería mayor. Esto porque, según el libro, el bienestar genuino se mide por la riqueza presente que nos acompaña. Lo que pudiéramos comprar como novedad el día de mañana importaría cada vez menos y se desarrollaría en cambio el concepto de una economía de lo duradero, de lo colectivo, definida desde las necesidades de las comunidades y no por transnacionales que solo buscan vender para obtener ganancias.

Esta economía de lo duradero definida desde las comunidades, llevaría a producir realmente lo necesario para que la vida sea más integral y se vuelva más plena. En fin, que liberada de su subordinación al proceso de acumulación perpetua de dinero, la producción estaría más en función de las necesidades de las mayorías. “Ya veo... consumiríamos menos pero disfrutaríamos más. ¡Esa sí que me parece una vida mejor!”, reflexionó nuestra joven.

Si, por ejemplo, los países del Sur redujesen la exportación de recursos naturales a la mitad,

la vida media de los productos en los países del Norte tendría que duplicarse, seguía el libro. Como consecuencia, requerirían la mitad del dinero para la producción nacional. Para que ese dinero sobrante no perdiera su valor, tendría que salir del Norte hacia el Sur como inversión. Al afluir hacia lugares donde existieran necesidades y necesitados la inversión tendría sentido, ya que ahí habría todavía mucha oportunidad para ampliar la riqueza material. El dinero, entonces, se trasladaría del Norte hacia el Sur y si lo hiciese productivamente, mantendría su valor.

Si ahora exigiéramos que las cosas se hicieran para las mayorías y con productos más colectivos y duraderos, el crecimiento global se frenaría y podría tornarse negativo. En este caso, sin embargo, también la madre naturaleza saldría ganando. “La solidaridad entre nuestros pueblos y el Bien Común, por lo tanto, vuelven a ser una necesidad como en los viejos tiempos. ¡Me lo sabía!”, exclamó con alegría la joven investigadora. Más aún, el libro consideraba posible que el Norte le prestara dinero al Sur aunque apenas recuperara parte de la suma prestada, pues en el caso de mantenerlo en el Norte, perdería todo su valor.

—En tal caso, surgiría en el mundo el interés por una redistribución más equitativa del ingreso, escribió la joven en Facebook.

—Sería posible instaurar un sistema de impuestos a escala mundial, de modo que impuestos del Norte fluyeran hacia el Sur, comentó Nicolas.

—Ni habría pérdida de bienestar en el Norte, ya que las cosas se harían de manera más colectiva y duradera, sostenían desde España.

Lucía se sintió como en otro planeta. Simplemente, no podía creer lo que leía, no obstante lo decía su libro, su mejor amigo, así que tenía que ser cierto. Junto a una economía de lo suficiente en el Norte, una economía de lo necesario se desarrollaría en el Sur, continuó el texto. La nivelación de los ingresos entre el Norte y el Sur se aceleraría por dos vías. La prolongación de la vida media de los productos haría bajar el producto anual en el Norte. La economía de lo suficiente implicaría consumir acorde con las necesidades y no en función del consumismo. De esta forma, en el Norte se liberarían dinero y recursos naturales que solo parcialmente serían invertidos en la economía de lo necesario que se desarrollaría, sobre todo, en el Sur.

Únicamente la combinación de la economía de lo suficiente con la de lo necesario, permitiría pensar en un desarrollo sostenible. Si la economía de lo suficiente en el Norte liberara más recursos de los que demandara la expansión de la economía de lo necesario en el Sur, sería posible tener un crecimiento negativo en dinero en el plano mundial, con un simultáneo y mayor desarrollo del bienestar genuino tanto en el Norte como en el Sur. “Y habría una mayor armonía con la naturaleza”, apuntó Lucía. Esta racionalidad económica permitiría orientar la economía en función de la vida misma. “Nos haría sujetos de nuestro destino y realización”, afirmaron casi a coro los miembros del club de lectura. “¡Ya llegamos! ¡Ya recorreremos el mundo soñado! ¡Ya lo vemos todo!”, exclamaron los jóvenes uno tras otro.

Lucía se sentía especialmente feliz de haber llegado tan lejos y cada vez más juntos en el recorrido a través de la historia hacia el futuro. Gracias al hecho de haber seguido el hilo dorado de la historia, con la ayuda de su gran amigo de papel y sus compañeras y compañeros de lectura, ahora sabía que, en un fu-

turo no muy lejano, un mundo solidario era posible. Sus compañeros de historia convocaron a las niñas, niños y jóvenes de todo el planeta tierra a luchar juntos por ese mundo soñado que puede ser, para todos, una hermosa realidad.